

Sed breves.

El tiempo es oro

No se ponga usted pesado

Estamos poniendo la escoba del revés

¡Hipopótamo!

¿Se va V. o qué?



Dib. K-HITO. — Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARAVILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES



DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En todo tiempo debe usted usar los maravillosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al número 108
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

22. — Un viento.

— Te digo que no voy a *tres-prima* ni cruzo siquiera el Adriático.
— Me extraña; porque tu hijo mayor *dos-prima* bastante bien.
— Yo mismo *dos-prima-dos* siempre más que él; pero no me decido.
— ¡Vamos, que tú, sin viento *todo*, no te atreves!

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGRONO



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Desde que le regalé a mi marido el automóvil, le tengo siempre a mi lado. ¡Está cambiadísimo!

— ¿Sí?...

— Sí; porque el pobre, en el primer accidente, sufrió la rotura de una pierna, y está en cama sin poderse mover.

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 105.

2. — Arreo.

PARA SACAR LA LENGUA
CONTRA EL DOLOR DE VIENTRE

24. — Pintor.

VINO DESAFÍO

25. — Señorita cursi.

ROTO EN LA BLUSA
ESTRECHO HISTÓRICO



Dib. ENCISO. — Madrid.

— ¡La verdad, señá Celedonia, que van fachas algunas mujeres!...

26. — En el Arco Iris.

6 0 5 0
A
5 0 0 0

30. — Algo muy viejo.

BEN GALA
TRONERA
MÚSICA, PERO SIN TE

27. — Charadita para damas.

Tanto da decir *prima-tres* como *prima-dos-tres*.

Tanto da decir *prima-dos-prima* como *prima-prima*.

¡Qué *todo* están haciendo la duquesa y la marquesa en estos días!

31. — Lo que a todos vosotros y a mí deseo.

MEDIODÍA
MASA DE NIEVE
QUE RESBALA

28. — Victoria napoleónica.

GAS CIERVO SIN CERO PAR

29. — Geométrico.

— *Prima-dos sexta-sexta tercera quinta-séptima dos-sexta*, don Zacarías.

— Antes quiero que *cuarta* acostumbre a la *quinta-prima*.

— Ahora está muy preocupado construyendo un *todo* de cartón.

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de diciembre.



EL
AGUA DE COLONIA AÑEJA

no es sólo un perfume.

Mezclada con el agua de lavarse

es un tónico para la piel.

Frasco 2.50

PERFUMERIA GAL

MADRID



LA JUERGA



Los tres amigos, al venir a la capital desde su pueblo, se reunieron en un café.

— Nos tenemos que correr una juerga esta noche — dijo uno.

— Por supuesto — afirmaron los otros dos —. Vamos a empezarla.

Salieron a la calle; era la primera hora de la noche; la gente iba a los teatros; nadie les miraba.

— Bueno; hay que animarse — dijo uno, y se ladeó el sombrero.

— Compremos unos puros — propuso otro.

Compraron tres puros y los encendieron a los pocos intentos.

— ¡Animarse, hombre! — insistió el primero —. Vamos a tomar un taxi.

Tomaron un taxi. La juerga empezaba.

— Tú, súbete en la capota. Y uno obedeció.

— Vamos por las calles — le dijeron al chófer.

— ¡Venga, alegrarse muchachos, que nos vamos a divertir!

Los tres se pusieron de acuerdo con una mirada y comenzaron a tocar palmas.

Ese era el camino de la diversión.

Tocando palmas recorrieron tres veces las principales calles del centro de la ciudad. Uno de ellos, el más travieso, cada tres minutos decía: «¡Viva la alegrial!» Y luego seguía palmoteando. Cuando pasaban junto a un grupo de gente repetían el «¡Vival!» con más fuerza. La gente les miraba poco sorprendida.

— Quitaros los sombreros y despeinaros — aconsejó uno de los tres.

Así lo hicieron, y estaban mejor, más en carácter.

— Compremos gorros de papel.

Uno se lo puso de enfermera, y los otros dos de forma indefinida.

Volvieron a tocar palmas y a pasar por los mismos lugares dando vivas.

Uno inició cante flamenco; pero como era de Lugo, no logró la suficiente atención.

Sin embargo, la juerga se prolongaba, y la gente empezaba a salir de los teatros. Fueron a hendir los grupos de espectadores que llenaban las calles; pasaban entre ellos gritando, dando los vivas, y el de Lugo repitió su intento de cantar.

La gente, ocupada en no dejarse atropellar, en abrocharse el abrigo, o sosteniendo sobre la boca un pañuelo, no reparaba apenas en los juerguistas, y éstos gritaban cada vez más.

— ¡Vamos a un cabaret!

Y fueron a Fornos. Se sentaron y pidieron vino.

— Jerez o manzanilla — exigieron.

La gente los había mirado al entrar,

a causa de sus gorros de papel; luego no reparaba en ellos.

— ¡Hay que alegrarse! — repetía incesantemente el de Lugo.

Intentaron bailar, pero sin conseguirlo: todas ellas estaban ya emparejadas con los amigos de todas las noches.

— ¡Viva la ale...! — intentó decir uno de ellos; pero los demás le hicieron callar.

— A mí no me inspira respeto este sitio — protestó el entusiasta —. ¡Viva la alegrial! — gritó.

Nadie hizo caso; apenas le había oído alguien.

El violinista se acercó:

— ¿Quieren ustedes algo especial?

— Sí, algo de mi país — dijo el de Lugo.

La orquesta ejecutó algo monótono e imposible de bailar. La gente miraba a los músicos, molesta.

El juerguista dejó un duro en la mano del arco del artista.

— Vámonos a otro sitio — propuso después.

Se levantaron con estrépito; uno tiró una silla y no la recogió.

Salieron a la calle y se metieron en otro cabaret de segunda clase.

— Queremos Jerez y tanguistas — dijeron al camarero.

Una botella de Jerez y una tanguista, las dos rubias, les fueron traídas.

— Buenos noches — dijo la tímida jovencita, y se sentó sonriente.

Los tres estaban callados. Uno de ellos rompió el frío.

— ¿Cómo te llamas?

— Sofía.

Nuevo silencio.

— ¿Has ido por Lugo?

— ¿Qué es eso?

Nuevo silencio. Pero media hora después ya habían hecho amistad con ella.

— Oye, ¿me vais a convidar a un café con media? — imploró.

— Pide lo que quieras.

El camarero recibió la orden de llevar un café con me-



Dib. SILENO. — Madrid.

día a una mujer enlutada que miraba la sala desde un proscenio.

— Es para mamá — explicó la muchacha.

La mujer enlutada escudriñaba a los tres amigos con una mirada complaciente y agradecida.

— ¡Hay que alegrarse! — decía el de Lugo.

El resto de la noche sus palabras y gestos se tornaron en comedidos: se sabían vigilados por la vieja del proscenio.

A las cuatro salieron del local:

— ¿Qué hacemos hasta que amanezca?

— Otro taxi — propuso uno.

Se subieron en un auto, los tres en la capota, cantaron, tocaron palmas y dieron vivas.

Y, ya de día, dieron fin a la juerga.

EDGAR NEVILLE

DIÁLOGOS COGIDOS AL VUELO

— ¿Has leído *Los Hombres Libres*?

— Eso es un alarde de título, porque no pueden ser los hombres libres mientras sean esclavos de su palabra.

— ¿Pero es que filosofeas?

— Es que discierno. Yo, entre la Sofía y la Filo, escojo la *filosofía*.

— Porque serás antimujeriego.

— He leído a Aristóteles, que en *El tratado del alma* dice: «Vale más mandarle a un hombre libre que a un esclavo.»

— Como que los esclavos han pasado de moda, y no se llevan ni las *esclavinas*.

— ¡Qué poco sociólogo eres!

— Pues no será por falta de *socias*, porque ahora me relaciono con dos hermanas: Luz Boya y Clara Boya.

— ¿Pero eso es un calambur?

— No; eso es una ventana que se abre en el techo para que entre la *luz clara*. Y sin luz no puede haber claridad.

— Si que tienes delicada la parte tórrida del entendimiento!

— Es que tú demosteneas y yo garcialvarizo.

— ¡Qué razón tiene Emerson cuando perora estas minúsculas: «A veces no vemos ante nosotros las cosas hasta que la madurez del espíritu nos las señala.»

— Pues a mí la madurez me acerca a la tentación de tal modo, que me emocionó ante una caja de carne de membrillo. ¡Como que veo un kilo y se me pone carne de gallina!

— Somos antípodas espiritualmente.

— Lo que tú quieras; pero no dudes de que el placer de esta vida depende del presbítero que la usufructa. ¡La vida es un pentagrama con siete notas!

— ¿Y qué notas?

— Que si no te ries del mundo, te apollinas, que es sinónimo de aburres.

✻

— ¿Adónde vas tan de prisa?

— Supongo que tú no hablas conmigo; te diriges al otro yo. Porque yo hoy no soy el que tú tratas a diario. Hoy me he desdoblado: soy el yo científico.

— ¡Pero que estás como un mamífero rumiante doméstico de esos que tiran al monte!

— Escucha. Cuando reflexionamos, cuando buscamos nuestro yo, un nimbo de belleza corona nuestra vida...

— ¿Pero no te acuerdas de mí?

— Si es que hoy soy el otro yo.

— Pues si no te acuerdas, te van a atar; pero con dos cuerdas, ya que tú estás loco.

— Te voy a explicar mi desgracia. Yo soy un hombre exquisito, un elegido... Para saber quién soy yo, hay que convidarme a comer. Ríete de la elegancia de Alvarito Retana en la mesa, que es donde se demuestra la suprema distinción. Soy una cortesía refinada. Si hay pollo con arroz, dejo los famosos granos para ponerme a los pies del implume con una reverencia que me abarquillo, y no acabo hasta que me como lo más sabroso del ave. A mí no se me ha llegado a comprender... El otro yo, es el vicioso, el pendenciero, el jugador. Con decirte que algunas veces pasamos por una bufilería, agarra un buñuelo sin que lo vean y me hace a mí que me lo coma. Esto es demasiado para mí, que soy un sentimental. A todo le tomo cariño; a la cosa más pequeña. A lo mejor voy por la calle distraído, veo a una joven que no he visto en mi vida..., y nada, que le tomo cariño... Que no quisiera separarme de ella. Y es que soy un sentimental.

— ¡Una víctima del espíritu refinado.

— Ya ves lo que es el dinero: lo más



Dib. MEL. — Madrid.

— En dos noches lleva ganadas doscientas mil pesetas...

— Pues sí que es un gachó que se las trae.

— ¿Que se las trae?... ¡Que se las lleval...

vano y vil del universo. Lo más despreciable del mundo. ¿Quieres creer que hay días que le tomo cariño? ¿Quieres creer que cuando me tengo que desprender de un duro se me parte el corazón? Y el otro yo, con una despreocupación de joven astigitano, me lleva a la mesa de juego, se juega el hueso occipital, y yo soy el que pago.

— Bueno, chico; a ti te tienen que ver en una casa de alucinados; pero que a la mayor velocidad.

— Pero no dudes de que soy un fotómetro, y que mido perfectamente la intensidad de luz que hay en mi alma... Y esa energía invisible para ti...

— Ya me lo contarás el domingo que viene; ahora voy a que me pelen.

— Mientras me ajuste a mi yo, la duda no me suscitará dificultades.



— ¿Pero de dónde vienes?

— De Cafrería.

— Si que estará eso lejos.

— Figúrate, en la Zululandia.

— No eres nadie viajando.

— Que me fui de explorador con un inglés, hace tres años, y regreso a Madrid pa estudiar el sistema circulante de motos de punto pa implantarlo allí.

— ¡Pero si allí no hay adelantos!

— ¿Que no? Allí hay cafres que son más delicados que aquí, y más atentos que nosotros.

— ¡Pero si en cuanto ven a un europeo se lo comen!

— Claro que se lo comen; pero no se lo comen de momento. Primero le quitan las armas y las alhajas, y luego le ruegan que elija en qué guiso prefiere que le sirvan a la mesa.

— ¡Eso es otra cosa!

— ¡Qué sabes tú lo delicados que son! Al inglés que me llevó a mí se lo comieron con arroz; pero después de pedirle mil perdones...

— Y a ti, ¿por qué no te comieron, con lo sano que estás?

— ¿A mí? Porque le gusté a la chica mayor del jefe de la tribu, y cuando ya me iban a tostar con setas, va y le dice a su padre: «Papá, dame a ese blanco, que quiero jugar con él.» Y fué el padre y me dijo: «No tome a desprecio si no nos le comemos hoy, que otro día será.»

— ¡Vaya un consuelo!

— Pero no dudarás de que son finos. Y como yo comprendí que tenía que hacer algo raro pa librarme de la hoguera, le hice el amor a la chica del jefe de la tribu, y nos unimos en santo lazo matrimonial.

— ¿Pero con una negra?

— No, ¡que me iba a casar allí con la *Chelito!* Con tal de salvar la vida, no digo yo con una negra, me caso con una a listas.

— Y mientras, aquí tu hermana de ama de cría...

— Toma, a los treinta años no la voy a llevar al colegio. Además, que en Cafrería se aprende mucho. Allí no hay gabelas de honor. Allí un león, con ser un león, no se mete en lo que hace su hermana.

— ¡Qué enseñanza nos dan los animales!

— ¡Como que son mucho más morales que nosotros! ¿Tú has visto a una ballena coquetear con un balleno, y eso que viven mil años?

— ¿Y cuándo regresas a Cafrería?

— Cuando pase cinco negras que me he traído sin papeles y no quieren dejarme en las Aduanas que las pase, porque dicen que las traigo pa extraerles el tinte.

— ¿Y son guapas?

— Son horribles; por eso me voy a ver negro, y me van a hacer en Aduanas, como me hagan que las pague, que pase las negras con ellas...

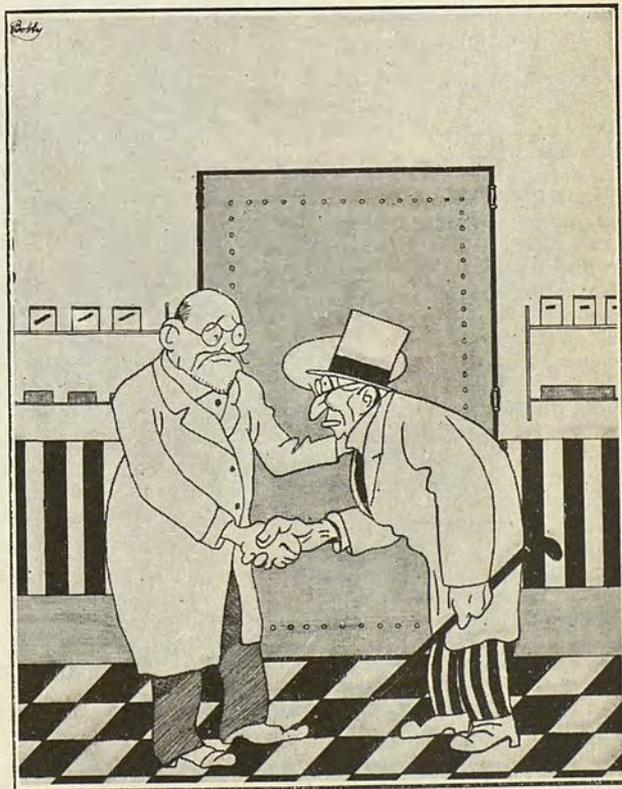
Luis ESTESO



Dib. PACHIN. — Madrid.

LA CLIENTE. — ¡Qué lástima! Es muy chillón.

EL MODISTO. — Ya le he dicho que es el último grito...



Dib. BOBBY. — Carabanchel.

EL DOCTOR. — Nada. Si toma usted mi específico durante veinte años, llegará usted a viejo sin darse cuenta.

HUMOR RETROSPECTIVO

UN AUTOR DE GENIO Y UN CÓMICO DE PUÑOS

El ilustre marino y literato Novo y Colson dirigía los ensayos de su nuevo drama titulado *Vasco Núñez de Balboa*.

El invierno era crudo y el tiempo estaba metido en agua.

Todas las tardes, con puntualidad militar, presentábase el autor en el escenario, calzando botas altas por causa de la lluvia; sentábase al brasero; quitábase las botas, que dejaba sobre la tarima a secar, junto a la lumbre, y, calzándose unas zapatillas, daba comienzo al ensayo.

Algunos días, antes de empezar, y para entrar en calor, hacía entre bastidores algún ejercicio de fuerza ante los cómicos, admirados y boquiabiertos.

Como Novo y Colson gozaba fama de hombre de muy malas pulgas, la farándula andaba cohibida y medrosa.

— Tiene un genio terrible — comentaban los cómicos en sus corrillos.

— Y unas fuerzas hercúleas. La otra noche contaron en el saloncillo que, una vez que tuvo a bordo un conato de indisciplina, ¡mató de un puñetazo a un cabo de cañón!

— ¡Areal... ¡No; si no hay más que ver los títulos de sus obras! ¡La garra del león! ¡La bofetada!...

Lo cierto es que Novo no pasaba por frase mal dicha ni movimiento mal hecho. Apenas un actor se equivocaba, dábale un rabioso tirón de la barba, caían los pelos al brasero y extendíase por el escenario un hedor insoporable.

Dicho se está que entre las destempladísimas correcciones del autor y el frecuente olor a chamusquina, los pobres cómicos no daban pie con bola.

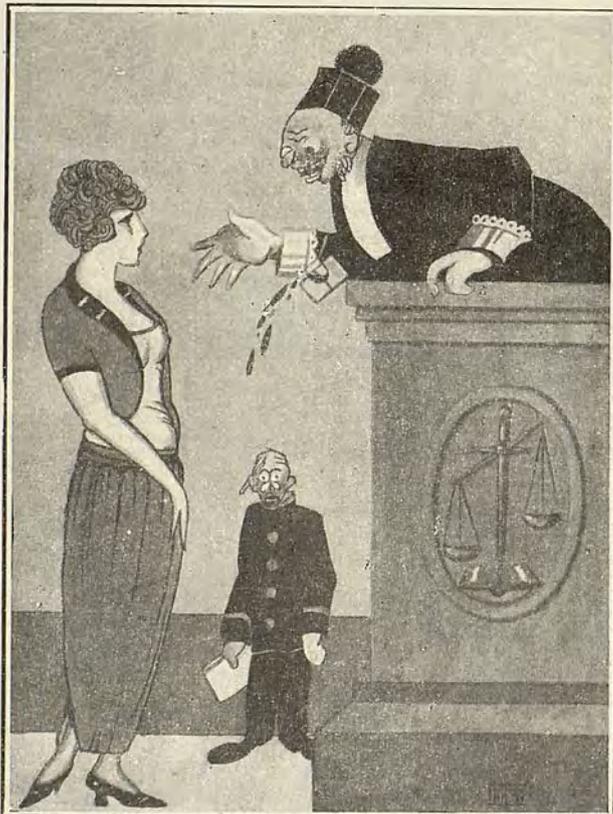
Una tarde, a uno de los actores se le lió la lengua, y porque en vez de *Vasco Núñez* dijo *Nuño Vázquez*, que casi es lo mismo, se armó el cisco padre. Al oír el lapsus, Novo botó de la silla, descargó un furioso puntapié sobre la tarima, y, como disparada por una catapulta, la lumbre del repleto brasero fué lanzada a la altura de las bambalinas. Actores y actrices, huyendo de la quema, corrieron, gritando, bajo una lluvia de fuego y ceniza.

Pasado el *jollín*, la primera dama,

que había estudiado para maestra, decía, sacudiéndose las faldas, blancas de pavesas:

— ¡Santo Cristo; pero si esto ha sido una repetición de lo de Sodoma y *Modorra!*

Un día el autor llamó a los cómicos.



Dib. ANTÓN. — Valencia.

— Sepa usted que es muy bonita.
— Es favor...
— ¡Es justicial!...

— Tengo el mayor empeño — les dijo — en que la obra sea vestida de un modo irreprochable; así que desde mañana me irán ustedes presentando su ropa.

Al día siguiente, Ricardo Valero le presentó su traje, del que formaba parte un venerable colete heredado de su padre.

Novo y Colson lo rechazó indignado.

— ¡Esto es una *birrial*!

— Pero, señor Novo...

— ¡No admito discusiones! — gritó el autor en una actitud que no daba lugar a réplicas.

Al pobre Valero, que estaba pasando

una de las mayores *crujías* de su vida, ante la magnitud del conflicto que Novo le planteaba, se le subió la sangre a la cabeza, y a punto estuvo de arrojarle sobre él y hacer un zafarrancho; pero se acordó de sus hijos, y más que de sus hijos, ¿por qué no confesarlo?, del cabo de cañón, y creyó prudente recoger velas y complacer a aquel energúmeno, aunque tuviese para ello que poner a la familia a dieta.

Por fin — Dios sabe a costa de qué sacrificios — el infeliz Valero pudo comprar un colete flamante que satisfizo del todo los deseos del autor.

Próximo ya el día del estreno, y contento Novo de ver su obra dominada y sabida, después de hacer, como solía, un poco de gimnasia con que lucir su agilidad y sus músculos, invitó a los cómicos a echar un pulso.

Ninguno se atrevía.

— Eso, Valero, que es hombre de fuerza — dijo uno de los cómicos.

Pero Valero se resistía, seguro de que Novo se lo llevaba con el dedo.

Por fin, tanto insistieron, que al fin accedió.

Sentáronse autor y cómico, cada uno a un lado de la mesa, enlazaron las manos y, ¡oh sorpresa!, el cómico venció.

— ¡Este no vale; echemos otro! — exclamó Novo.

Echaron otro más, en el que rojo como un tomate, el forzudo marino puso todas sus energías, y también fué vencido.

Y, por fin, un tercero, el decisivo, y Valero, no sólo lo dominó, sino que, a modo de trágala, obligó a Novo a repicar con los nudillos sobre la mesa.

Novo y Colson se dió por vencido, reconociendo noblemente que el cómico tenía más puños que él.

El vencedor recibió los más entusiastas parabienes de toda la comiquería, orgullosa del triunfo de su compañero.

— Chico, ¿quién lo diría?... ¡Eres un Hércules!...

El autor se despidió de todos, y viéndole ir, y lanzándole una mirada de desprecio, Valero exclamó muy ufano:

— ¡Concho, si yo sé esto, cualquier día me hago el coletol!...

FRANCISCO DE ESTEPA



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

AL TELÉFONO

—¿Dice usted que es uno de los de anoche?... ¿El bajo?... ¡Ah..., ya caigo! Verdaderamente, parece mentira que siendo usted el bajo no le haya conocido por la voz...

RAMONISMO

LO O B S E D A N T E

Tenemos en el alma varias cosas que ocupan mucho sitio, y con las que no sabemos qué hacer. Se destacan en ella como los maniqués de mimbre en las guardillas, y no nos podemos purgar de su recuerdo.

Ni el aceite de ricino ha podido con



ellas. (Que, por cierto, es imposible de tomar tal como lo ha dejado Mussolini. Yo intenté tomarlo después del fascismo, y no pude. Absténganse de recomendarlo los médicos mientras sea una venganza florentina).

En el porvenir habrá un tribunal frente al que se reclamará contra las cosas obsedantes, y, si se demuestra por varios testigos que lo son, serán suprimidas.

Entre los escaparates que más cosas obsedantes dan en la actualidad, está el escaparate de las papelerías y objetos de escritorio, escaparate cada vez más técnico y complicado.

Hay un señor de cartón en esos escaparates, que siempre que pasamos distrae y tergiversa nuestra mirada. Está abstraído en la contemplación y escritura de su cuadernito de hojas eslabonadas por unos anillos; pero tiente, por lo visto, una condición humana irresistible, que consiste en volver la cabeza indiscretamente hacia aquel que escribe con mucha atención.

— ¡Alegue que te la pegue! ¡Alegue que te la pegue! — grita en son de burla la voz del que se oculta, como siempre, entre las enramadas de la vida esperando nuestras pifias.

Parece que hemos quedado escarmetados para siempre; pero no; ese tío, cuyos bigotes son como la ceja atenta y cabizbaja de su boca, nos vuelve a sorprender como hombre que arregla el escaparate o que toma nota de sus exis-

tencias. Tiene un gran tipo de tendero, de hombre del mostrador o de la caja. No desdice en el fondo del cristal. Es besugo de acuario de papelería y objetos de escritorio.

Es que prueba el lápiz sobre el cuaderno, no que escriba ningún pensamiento profundo. Se mete en los renglones falaces con que da la sensación del uso y la ponderación de las excelencias de lo que quiere colocar al pasajero, que cae en el garlito de esos cuadernos carísimos, y que parece que sólo sirven para pensamientos encadenados o demasiado profundos. Yo empleé uno para apuntar greguerías, y no me salieron, es decir, si me salieron algunas, pero muy malas y con una falta de libertad atroz.

Recuerdo que una de ellas era: «Todo pensamiento que cae en el cepo de estos cuadernos, sufre la garra de la usura.»



Realmente, esos cuadernos engarfiados sólo parece que deben servir para apuntar cantidades, deudores, días de vencimiento de las letras que se tienen giradas.

Odioso hombre, serio y cachazudo, que suma con ironía las veces que le hemos mirado engañados. Ya nos defendemos un poco más de él; pero han surgido nuevas cosas obsedantes.

Ahora hay una mano, ni siquiera plástica, también pintada en un cartón recortado, y que conduce el maletín ligero de una máquina de escribir. Una indiscreción parecida a la que nos hace volver la cabeza hacia el hombre que escribe muy inclinado sobre su *block* de notas, nos hace mirar a ver qué lleva esa mano, portadora de una valija en que pone algo. ¡Qué bien estudiadas están nuestras distracciones y cómo se sabe que hace volver la cabeza con curiosidad una mano suelta agarrada a un maletín!

Es una atención malsana de ladrones desvalijadores la que nos hace volver la cabeza hacia esa mano volante que lle-

va prisa en conducir ese maletín. ¿Cómo no la rechazamos por inverosímil e irreal al verla desprendida del cuerpo de que debía colgar? ¡Vaya usted a saber la teoría de nuestras fijezas psicológicas!

Estos anuncios, que hacen época, los prepara e inventa un sabio profesor norteamericano de Psicología experimental.

Gracias a que van siendo desechados muchos de estos reclamos, y ya está encumbrado en lo alto de las estanterías de las papelerías y objetos de escritorio aquel hombrechito de la oreja enorme que sostenía una pluma estilográfica, aquel primer hermanito malogrado de Pinocho, aquel oficinista empedernido.

Gracias también a que ya no se ve por ahí aquel cisne que había pescado una pluma estilográfica en el fondo de las aguas de la papelería: una pluma como un pececillo de esos que se cimbrean en los picos. ¿Cómo no se les ocurrió a los reclamistas del cisne que el público podía creer que eran plumas de ganso las que anunciaban?

Que lo obsedante varíe, por lo menos, mucho y sea juguete de los hijos de los tenderos en las trastiendas tristonas, juguete prontamente destrozado, juguete



te un poco macabro y extraño, que, por difícil de comprender para los niños, les hará un poco fantásticos, y al buscar en su imaginación algo que justifique aquellos entes raros de los reclamos, se encontrarán con los cuentos fantasmagóricos, con las preciosas historias del extravío, con la literatura.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

LA FELICIDAD EN EL MATRIMONIO CONSEJOS A UNA SEÑORA

Bajo el escalofriante seudónimo «Una agradecida a Juan Ferragut», me escribe una lectora casada pidiéndome unas reglas para ser feliz en su matrimonio hasta que el simpático plumífero citado arriba consiga la implantación del divorcio en España. Ahí va mi respuesta.

Desconocida señora: Me deja usted más parado que un tranvía de la Fuentecilla. Porque pedirme a mí consejos para ser feliz, es tan absurdo como bailar la jota sobre un bote de bicarbonato químicamente puro.

Si usted fuera soltera y me preguntase cómo haría para ser dichosa en el matrimonio, yo la contestaría: para ser dichosa en el matrimonio, lo mejor es no casarse. Pero el Hado, ¡el Hado rico!, ha querido que usted me haga esa pregunta después de haberse uncido, y esto es lo que me espanta.

Me habla usted de la campaña de Ferragut en pro del divorcio, y me pide opinión. A mí la campaña me parece una estupidez; pero de que esté bien a que el divorcio se consiga, hay una distancia como del Fornos-Palace a las islas Molucas, y regreso. El gran Ferragut ha cogido un mal pleito. Es digno de elogios.

Así es que, mientras se opera el milagro de la implantación del divorcio hispano, le envío los consejos que me pide.

Empecemos por examinar el problema, como si fuera un alumno de Derecho canónico.

En España hay, por lo menos, cinco millones de matrimonios que viven en bronca vitalicia. Esto es evidente, evidente y epitalámico. Los hogares en donde habitan esos matrimonios son una *reprise* de la toma de los Castillejos y de la batalla de Trasimeno, mitad y mitad. ¿Que por qué? Las causas son innumerables; pero se puede afirmar que en el 105 por 100 de los casos tiene la culpa el marido. En los restantes, la culpa le corresponde a la mujer. Este aserto queda probado con un cuadro sinóptico.

Causas de las desgracias matrimoniales.

- 1.^a *Marido curda.* (Culpa del marido.)
- 2.^a *Marido enamorado y recaltrante de todas las mujeres que no son la suya.* (Culpa del marido.)
- 3.^a *Marido que se juega el sueldo «a la docena especial».* (Culpa del marido.)
- 4.^a *Marido ineducado, que trata a*

la esposa como si fuera la máquina de sacar brillo al «parquet.» (Culpa del marido.)

5.^a *Marido tacaño, que arma un cisco de orujo cada vez que su señora se tiene que comprar zapatos.* (Culpa del marido.)

6.^a *Marido celoso, al que se le hacen los dedos huéspedes mediopensionistas.* (Culpa del marido.)

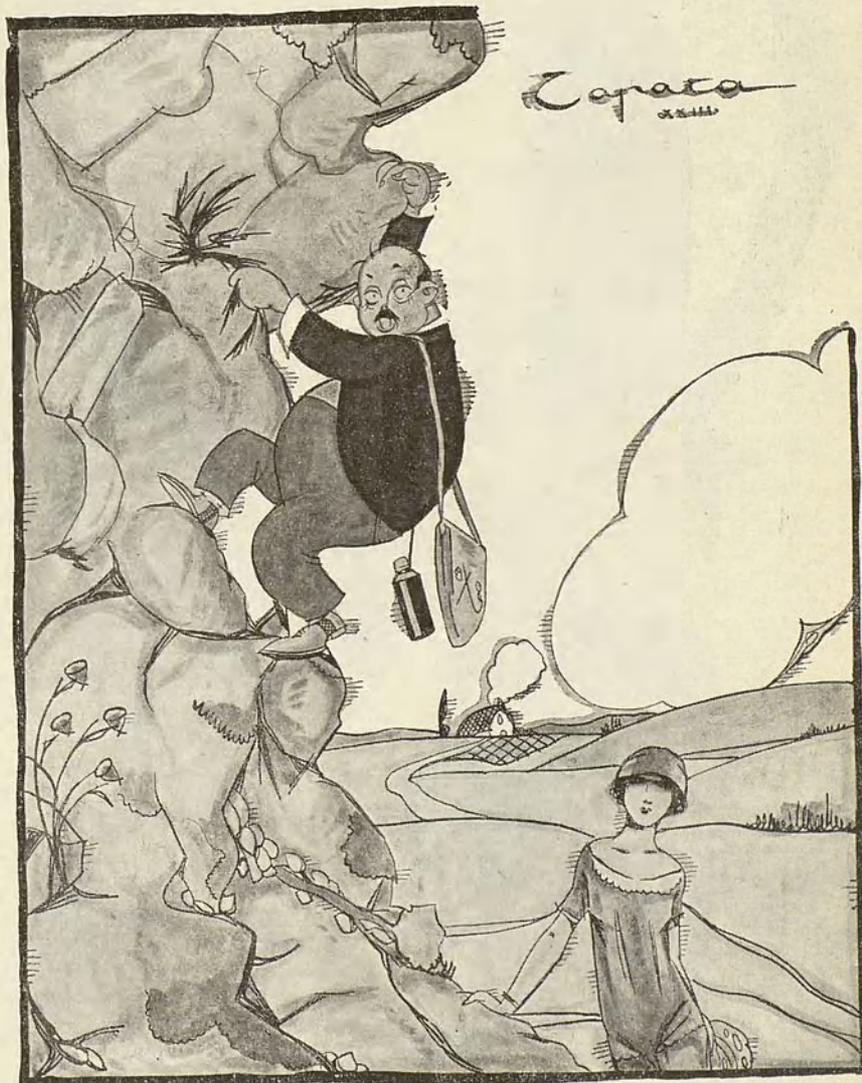
7.^a *Marido enfrascado en sus asuntos, que no atiende a su compañera.* (Culpa del marido.)

8.^a *Marido completamente imbécil, mochales perdido, presumido, idiota o envanecido, que le da el té con pestiños rellenos a su mujer.* (Culpa del marido.)

9.^a *Esposa de mal genio, que tiene por carácter una limonada.* (Culpa del marido, que no se impone gritando más y rompiendo más platos.)

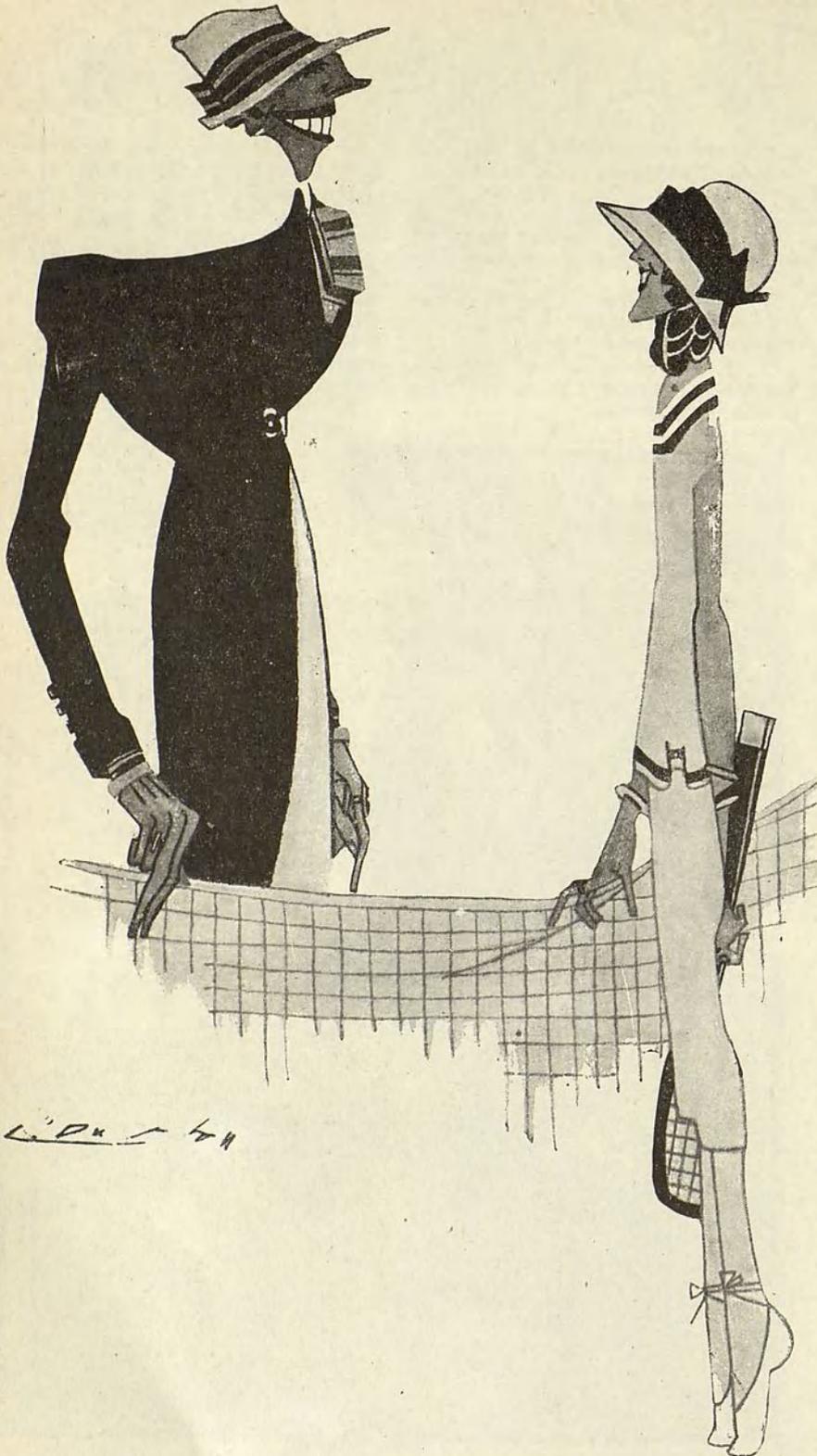
10.^a *Esposa gastadora.* (Culpa del marido, que no se encarga de la administración.)

11.^a *Esposa imbécil.* (Culpa del ma-



Dib. ZAPATA. — Madrid.

— Pero ¿sabes si vamos bien por aquí?...
— La verdad, mujer..., en estos momentos no estoy muy seguro...



Dib. DURÁN. — El Escorial.

— Pero ¿por qué tienes tanto miedo a declararte a Lulú?
 — Pues... porque a lo mejor me dice que sí...

rído, por casarse con ella, o por no resignarse.)

12.^a *Esposa enamoradiza de todos los hombres que no son su marido.* (Culpa del marido, que no la manda en gran velocidad a la península de Florida.)

13.^a *Esposa que, una vez casada, abandona el cuidado de su personita y vive hecha una birra ambulante.* (Culpa del marido, que no se va con otra a toda marcha.)

14.^a *Marido y esposa que se han perdido el cariño y la estimación.* (Culpa del marido, que no propone el mutis mutuo y la separación amical o estrepitosa.)

15.^a *Esposa que mete a su madre en el domicilio conyugal, para que le dé siempre la razón en las broncas, y, de esta manera, rehogarle los glóbulos rojos al marido.* (Culpa del marido, que no se va a hacer películas a California.)

16.^a *Esposa rica que echa en cara su dinero al marido.* (Culpa del marido, que sigue viviendo en tal compañía.)

Y en los demás casos, la culpa le corresponde a la mujer.

Como vera la lectora desconocida en el cuadro anterior, las causas de desgracia matrimonial se pueden circunscribir a diez y seis.

¿Usted quiere ser feliz en su matrimonio? Pues en su delicada mano está el evitar las ocho últimas, menos la señalada con el número once, porque claro que si es usted imbécil — y yo, como Escévola, pongo mi diestra en el fuego asegurando que no —, no tiene remedio ni arreglo su imbecilidad. Hay cosas que se heredan sin pagar derechos reales, y ya no hay fuerzas humanas capaces de sacudirse la herencia.

Quedan, pues, las ocho causas primeras, que se las traen. Para las números uno, tres y cinco tiene usted una excelente arma de combate: las lágrimas. Llórele usted a su marido, como si estuviese bajo una lápida en San Lorenzo, y si él tiene algo de la delicadeza del foulard, dejará de jugar, de acurdelarse y de tacañear. Para las causas números dos y siete, tiene usted el remedio de darse mucha coba y atraerle por medio del rimmel y otros lazos pamperos por el estilo.

Y para las causas números cuatro y ocho tiene usted aún otro sistema: darle un estacazo en el temporal izquierdo a su marido.

Pero... ¿qué veo? En el final de su carta me hace usted una descripción de su marido, y veo que su manera de ser se adapta a las causas números uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho...

Señora... En vista de eso, le quedan tres caminos: esperar el triunfo de Juan Ferragut con el divorcio, engomarle un tiro a su esposo, o fugarse al Cáucaso con cualquier recaudador de Contribuciones.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Las enfermedades de un amigo mío

Señores: voy a hablar de un amigo mío, o, para decirlo mejor, de un amigo mío y de ustedes..., porque ya he dicho en otra ocasión que lo que es mío es de ustedes también, ¡y no vale decir que no, porque me ofendería mucho!...

Ese amigo *nuestro*, joven, simpático, rubio y con ojeras, además de tener la inmensa desgracia de ser hijo de Jaca y de llamarse Caballé, ha tenido la formidable mala pata de ser víctima de todas las enfermedades que se disfrutan en el Planeta, lo que se dice de todas, sin dejar una, sin poderse librar de ninguna, y estando expuesto a morirse de alguna... Ha pasado más tiempo en la cama que *Freg, Nacional II*, Emilio Méndez y *Larita*, reunidos... Le han visto más médicos que a Lenin... Ha estado a las puertas del cementerio más veces que todas las cochambrosas carrozas fúnebres de tercera de Madrid... ¡Y ha pedido veintiocho veces los últimos sacramentos..., aunque esto parece un lío, porque *los últimos*, a mi juicio, son los que pidió la vigésimoctava vez, y los otros, en todo caso, serán los penúltimos, antepenúltimos, anteanepenúltimos, anteriores a los anteanepenúltimos, etc., etc., porque por este camino no vamos a ninguna parte!...

Lo raro de las innumerables enfermedades de Caballé es que todas las ha contraído por ser un imbécil, por colocarse precisamente en el sitio donde las podía pillar y cerca de las personas, animales y cosas que tenían más probabilidades de contagiarle...

Yo, que muchas veces no tengo nada que hacer y otras veces tampoco, me he molestado en confeccionar una lista (bastante más lista que mi amigo) en la cual, y por riguroso orden público y cronológico, he sentado cómodamente las diversas dolencias del infeliz cofrade y las distintas causas que las han producido.

Y después de ponerla en limpio, he sacado en limpio lo que manuscibo (o pedescrivo) a continuación. Caballé ha padecido las enfermedades siguientes y por las cosas siguientes:

CÓLERA. — Cuando le dejaron cesante por no ir a la oficina y por ser amigo de García Prieto. Fué uno de los cólicos que estuvo a punto de morirse de hambre, cosa rarísima en esa enfermedad, y que sometemos a la consideración de los doctores.

APENDICITIS. — Enfermedad que le contagió Sánchez Toca al regalarle unos lentes que él había usado muchísimo.

PARÁLISIS. — Se quedó paralítico esperando un tranvía de la Guindalera en la red de San Luis. El médico que le asistió afirmó que no era parálisis, sino que se había olvidado de cómo se andaba en el tiempo que estuvo aguardando el fantástico vehículo.

REUMA. — El reuma lo adquirió por habitar en una finca en cuyos bajos había dos tabernas y una lechería, lo cual nos releva de decir la cantidad de humedad que había en aquella casa.

CATARRO. — Se acatarró al pasar al lado de Romanones y quitarse el sombrero.

PULMONÍA DOBLE. — Al pasar al lado de Santiago Alba y hacer lo mismo.

HIDROPESÍA. — Por beber el vino de las tabernas de la casa donde contrajo el reumatismo antes mencionado.

MANÍA SUICIDA. — Se la pegó Raquel Meller con un cuplé criminológico de los que ella gasta para andar por el mundo.

TRANCAZO. — Se lo pegó un guardia durante una manifestación pública en contra de La Cierva.

ANGINAS. — Cuando tuvo esta pesadísima enfermedad de garganta, deliraba, y decía que no podía tragar a Ossorio y Gallardo.

CALLOS EN LAS PLANTAS DE LOS PIES. — Le salieron, y gordos, asistiendo a algunos estrenos de los aplaudidos autores Abati, Ramos Martín (José), Fernández del Villar (José) y otras glorias nacionales.

NEURALGIAS. — Las padeció colosales escuchando tres discursos de D. Antonio Maura.

SORDERA. — Ésta fué producida por seis perforaciones seguidas del señor Francos Rodríguez.

LOCURA. — Estuvo tres meses recluido, sin esperanzas de curación, en el

manicomio de Ciempozuelos. El motivo que tuvo para perder la razón fué que se empeñó en averiguar si el «¡Hay que ver!», de *La montería*, era tango, schotis, marcha de procesión o jota, pues de la manera que lo tocase al piano, siempre venía a tiempo.

GRANOS. — Le salieron una infinidad de ellos al día siguiente de comer arroz. Creemos que si no le hubieran salido, la enfermedad habría sido mucho más grave.

GRIPE. — Se la pegó un amigo. Otros dicen que se la pegó su mujer. Y otros dicen que se la pegaron entre su mujer y el amigo...

LEPRA. — Se la pegó la goma de un sobre en un Continental. ¡Es el colmo de la desdicha y del ridículo! ¡Una enfermedad pegada con gomal...!

PESTE. — La sufrió, y con un ímpetu formidable, en el interior de un quiosco de absoluta necesidad de la plaza de las Descalzas, mientras (ajeno a lo que le acechaba) cantaba tranquilamente aquello de *Marina*, que dice:

«¡Y oliendo a breal... ¡Y oliendo a breal...!»

Y éstas son las enfermedades más salientes que ha padecido el inclito Caballé, y de las cuales se ha librado con tan gran felicidad, que a veces me dice que el único temor de morir lo tiene hoy a morirse de viejo.

Pero yo le he quitado esa idea, demostrándole que de viejo no se muere nadie.

¡Y si no, ahí está *Chelito*, que ya hace bastante tiempo que sufre de esa enfermedad!...

ERNESTO POLO

Dib. HERRERO
Bilbao.

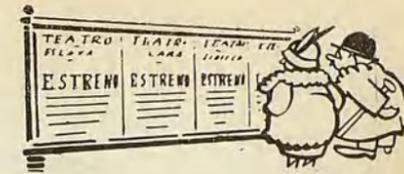
— ¿Tú, por qué estás aquí?
— Por pasar de contrabando bebidas blancas.
— Y ahora, ¿qué?
— Pues ahora las estoy pasando negras...



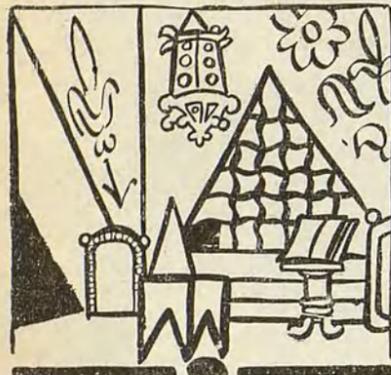


LOS ÚLTIMOS ESTRENOS

POR ROBLEDANO Y LÓPEZ RUBIO



Geometría escenográfica,



CUADRO I
Triángulos.



CUADRO II
Rectángulos y rombos.

BATERÍA

REY ALFONSO

El público es demasiado perspicaz.

Es curioso estudiar esta perspicacia, sobre todo en las obras que, por su índole de interés y de intriga, deben sorprender al público, cuando está probado que el público quiere siempre adelantarse a la sorpresa.

Como no siempre tiene el público el buen sentido de hacer en voz baja sus comentarios con la persona que le acompaña, oímos en la escena interesante el mosconeo de un espectador que dice: — Ahora llega el padre... — ¿Ves?... Hay un cuchillo sobre la mesa... La matará...

Verás cómo entra por la ventana... El público estaría más en su papel si atendiese sin preocuparse de adelantar los acontecimientos. Puede tener la seguridad de que el autor le servirá resuelta la comedia, y, por tanto, no tiene que preocuparse el público de buscar el desenlace. Es una función cerebral que desperdicia el espectador y que debía emplear en la comprensión de muchas cosas que apenas rozan su epiderrmis. Hay algo en eso de querer decirle al autor: — ¿Ves?... Sabemos las escenas que vas a hacer y cómo va a acabar todo. Equis es el ladrón: está ya visto.

Y lo gracioso es que el público, cuando al adelantar los acontecimientos, sin dejar que sigan su curso normal, desprecia profundamente al autor por su falta de complejidad, se indigna cuando el autor se le adelanta y le sorprende con un desenlace inesperado. Por ejemplo, al final resulta que X no es ladrón, como parecía, sino que es el barón H, que durante los otros actos era una persona correcta que se ha granjeado, por su respetabilidad, la absoluta confianza del público.

En este caso, cuando debiera alborozarse, porque el autor le sorprende, como es su deber, el público lo toma muy a mal. Le molesta equivocarse. El dice que X es el ladrón del collar, y X ha de ser. No puede tolerarse que sea H, que aparentaba tan rectos principios morales y tan arraigadas ideas sobre lo propio y lo ajeno en los actos anteriores.

Hay que ir al teatro con más buena fe. El público no va al teatro a ver, sino a adivinar, y la inútil perspicacia ocupa el lugar de atención.

A POLO

Estrechando los lazos.

He aquí el único defecto de estas tournées de compañías americanas: el afán de estrechar los lazos y de presentarse al público haciendo la



Señora Rossi.

ESLAVA. — "LA MUERTE DEL DRAGÓN", de Moz Seca, con gotas musicales del maestro Guerrero.



El rey, la princesa, Diodemaro, el pájaro, Bóolino, el guardián del Dragón y un muñeco.

REY ALFONSO. — "UN HOMBRE ENCANTADOR", adaptación de Gabaldón y Gutiérrez Roig.



ACTO I

El comisario de Niza tiene una mujer muy guapa. Roban al Crédit Lyonnais, y el audaz ladrón se escapa.



ACTO II

— ¡Socorro! ¿Quién es? — El conde, que viene a pasar un rato... ¡Salga usted ya de la cama y dedíqueme un trato!



ACTO III

— ¿Y también a mi mujer conquistó usted? — Sí, señor. Y ahora escriba usted la carta. — ¡Es un hombre encantador!

FIGURAS DE LA COMPAÑÍA ARGENTINA RIVERA-DE ROSAS



Señora Mancinni. Señorita Lerena. Señora Rivera. Señor de Rosas. Señor Aranz. Señor Blanco. Señor Varela.

Ayuntamiento de Madrid

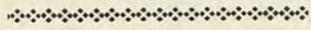
por Sigfredo Bürmann.



CUADRO IV
Curvas.



CUADRO V
Elipses, hipérbolas y parábola final.



Señor Bellucci.

bandera argentina con los colores de los trajes y la bandera española con los pañuelos. Las guitarras tienen lazos con los colores de los mismos emblemas. Todo, en fin, se presenta con el carácter de fiesta nacional, presidida por un jefe de Estado, y con revista militar.

La compañía Rivera-De Rosas es un conjunto muy completo, y se ha presentado con una obra del más fuerte de los dramaturgos sudamericanos. Al final han cantado unas canciones los Gardel-Razzano, que forman el fin de fiesta. Todo eso es admirable; pero difícilmente podremos soportar otra manifestación alegórica de estrechar lazos como la del final. ¡Es un tópico tan gastado!...

Son artistas, y no políticos de banquete, que al final, con las lágrimas en los ojos, brindan por el pueblo que los convida a la inauguración del ferrocarril o del pantano, y que igual vitoreará al pueblo de al lado, con la misma emoción, momentáneamente sincera. Su arte es lo que nos interesa. Lo demás, relumbrón y cascarilla, es innecesario.

ESLAVA

Un plato bien presentado.

Es muy laudable la labor del cocinero que condimenta el plato que el teatro de Eslava ofrece a los niños para estas Pascuas; pero no puede negarse que debe compartir su puesto con la dirección que cuida de presentar el plato.

El bíttec con patatas, indudablemente, es digno de todos nuestros respetos; mas es forzoso reconocer que es un plato que no nos sorprende, y si bien nutritivo y contundente, es poco sugeridor.

Nosotros creemos que en una comida es tan importante, como la lista de los platos, el adorno de la mesa, el cristal, los cubiertos, la mantelería y la estética de los platos.

Leer en un menú que la ternera, tan vulgar y tan definitiva siempre, está aderezada de un modo nuevo, casi siempre en francés, nos produce un extraño regocijo.

Nos encanta que traiga una salsa muy rara y muy vistosa; que esté salpicada de unas cosas que no se sepa qué son, pero que están riquísimas; que haya en la fuente papeles rizados y gelatinas temblonas y brillantes.

El ademán de violoncelistas que adoptamos al sacar de su aguja de plata los riñones salteados, es una de nuestras mayores emociones estéticas.

La muerte del dragón, plato muy exquisito, tiene la salsa de una interpretación admirable, y los adornos de una presentación fastuosa y depurada. No nos extraña, porque el restaurante Martínez Sierra es la casa que mejor presenta los platos en Madrid, aunque estos platos sean muchas veces endebles o pesados, que traen sus proveedores, y hay que hacer notar que siempre se surte de los establecimientos de más fama; pero que éstos dan a veces gato por liebre.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UN REPORTAJE

Sí, señores, un reportaje. Allá, en tierras del Plata, a las informaciones periodísticas, que los que nos decimos ilustrados llamamos entrevistas, se les dice reportajes. Yo voy a hacer una cosa de esas con permiso de ustedes. *Le dernier cri* son los artistas argentinos que trabajan en Apolo. Y como ya he hablado con los directores del conjunto y he tenido el honor de exteriorizar a la pública consideración los juicios de la señora Rivera y del Sr. De Rosas, hoy me permitiré interrogar a una artista de la compañía citada: a una cualquiera, ni de las primeras ni de las últimas.

¿Les parece a ustedes bien la Srta. Lerena? ¿No la conocen ustedes? Es lo que por España se llama la *segunda*. Pero..., ¡ah, lector! Esta segunda es de primera. Es mucho más bella que las que conocemos por Madrid: es una chica joven y bonita, con cuya amistad *superficial e intrascendente* me honro.

La Srta. Lerena se ha manifestado deseosa de hablar con el gran público madrileño. ¿Y cómo negarse?

Sirvámosle de gramófono, y que Dios y el lector encuentren disculpa a nuestra osadía.

¿Descripción de la entrevistada? Verán ustedes.

La Srta. María Esther Lerena es alta,

es morena, y usa los ojos grandes; hace, además, comedias. Tiene un *camerino* que es el lugar de la acción.

Hay unos saludos previos.

— ¿Cómo está usted?

— ¡Chél... ¿Cómo le va?

— ¿La familia, buena?

— ¿La suya también?

— Me alegro tanto.

— Igualmente.

— ¡Y yol!

— ¡Y yol, etc., etc.

Entra después la información. A juicio de María Esther, el público madrileño es un conglomerado de hombres ceñudos, acostumbrados a oír teatro y dispuestos a que no pase gato por liebre.

— Diga usted que alcanzar en Madrid un solo aplauso es de una dificultad suprema.

— ¿Se los han tributado a usted?

— No estoy segura, la verdad. A todos los que pisamos los escenarios nos parece que en cuanto un espectador junta las manos ha de ser en honor nuestro... Yo he oído batir palmas, y me hice la ilusión de que eran para mí... A lo mejor es que llamaban a un camarero; pero me hago la cuenta de que eran mías.

— ¿Y si no lo fueran?

— Esa hipótesis es descortés para una dama.

— ¿Cuántos novios tiene usted?

— Eso es una desvergüenza preguntarlo.

— ¿Cuántos años tiene usted?

— Eso es ya una canallada intentar averiguarlo.

— ¿Conoce usted al jefe del Directorio?

— No tengo la menor idea.

— ¿Qué color le gusta a usted más?

— El morado: es el más romántico.

— ¿Es usted romántica?

— Ni falta que me hace. Yo no soy una cursi.

— ¿Qué juicio tiene usted de Borrás?

— Que es un señor que representa comedias.

— ¿Y Benavente?

— En la provincia de Zamora le han dado su nombre a un pueblo.

— ¿Cree usted que a Loreto le darán una calle de Madrid, como pedía un periódico?

— Creo en la calle. Creo en Loreto. Creo en Dios...

— ¡Calle!... ¡Por Dios!... ¿Le gusta a usted trabajar?

— Mucho; pero yo tengo una máxima fundamental: «No hagas hoy lo que puedas dejar para mañana...; cuanto más tarde, mejor...» Por eso no me acaba de convencer nada de lo que se refiera con la labor personal.

— ¿Qué es lo que más le extraña de nuestro país?

— Que a Sánchez Guerra le complazcan los versos de Muñoz Seca.

— ¿Qué le asusta a usted más de todo lo que conoce de España?

— La política... y lo mal que se come en los restaurantes de los trenes.

— ¿Dónde va usted por las noches?

— A dormir. Cierran a las tres.

— ¿Qué me dice usted de Eugenia Zuffoli?...

— Que es la mujer de Pepe Bódalo y que trabaja en la Zarzuela.

— ¿Qué opina usted de los autobuses?

— Que no circulan, ni circularán.

— ¿Qué le divierte más en Madrid?

— BUEN HUMOR.

— ¿Cuál es el hombre más feo de España?

— Bergamín.

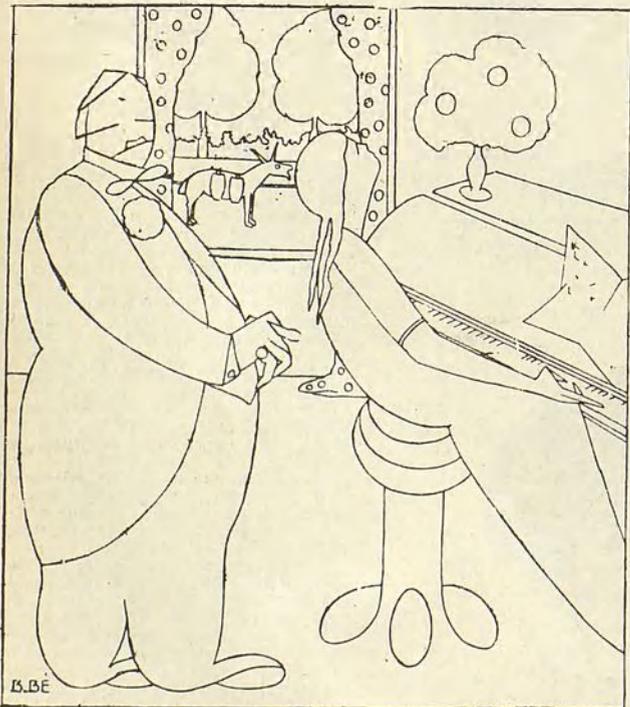
— ¿Qué hombre le gusta a usted más de Madrid?

— Usted.

Ante estas transcendentales declaraciones, doy fin al reportaje... y me arreglo la corbata y procuro poner la más amable de las sonrisas.

Yo no sé si la Srta. Lerena habrá sido sincera en sus palabras; pero la verdad es que parece una chica sensata... ¡Qué discretas sus últimas manifestaciones!...

José L. MAYRAL



Dib. B. BÉ.
Madrid.

— ¿Estabas sola, hija mía? Porque me pareció que alguien cantaba con tu acompañamiento...

CARTAS AL JUEZ DE GUARDIA por Néstor O. Lope

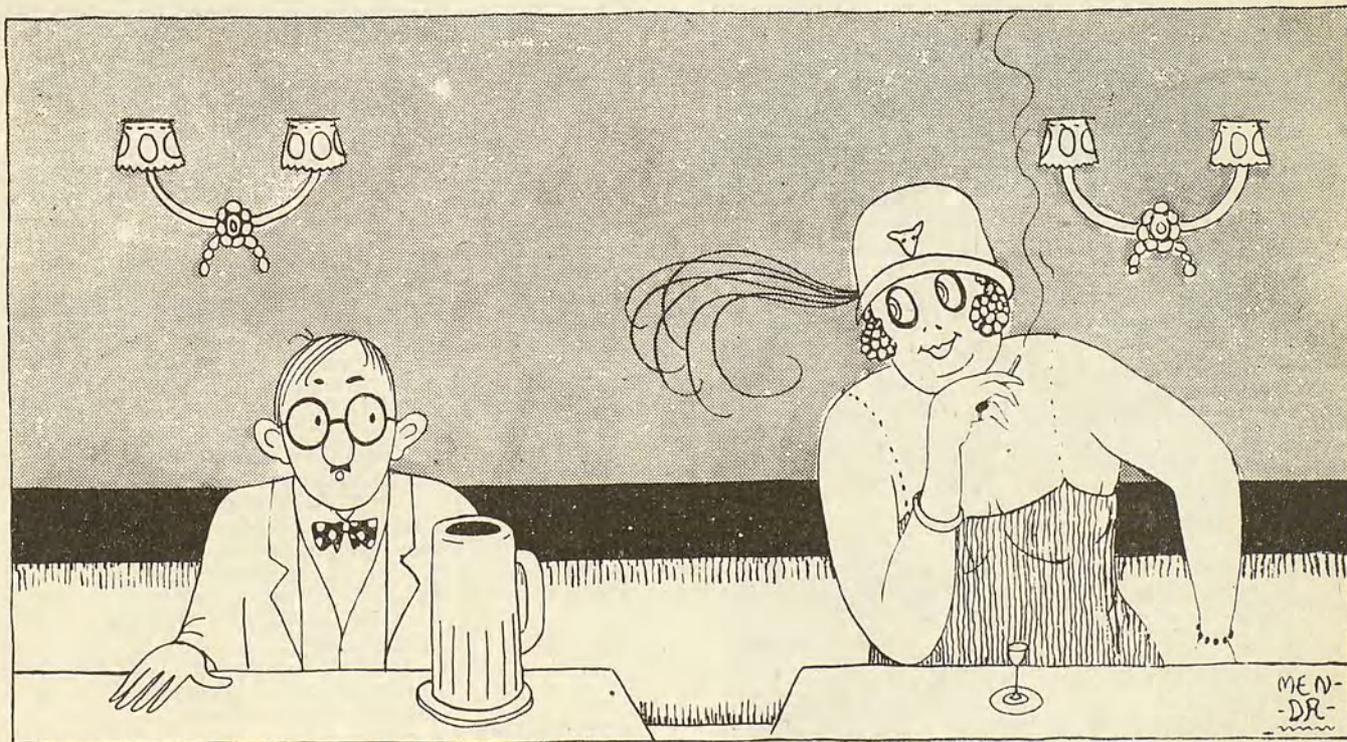
16 de diciembre de 1923.

Señor juez de guardia: Cuando usted reciba esta carta, es fácil que yo ya no viva. Tal vez me haga cisco de un horrendo tiro. Quizás el estanque que hay en el Retiro me lo beba entero tragando saliva... En hora tan sería no he de hablar en *guagua*, y sea con pólvora, o sea con agua, mi vida indecente se acabará en breve. ¡Una herida grave (no la quiero leve) me abrirá, de un golpe, de Plutón la fragual! Muero resignado y estiro la pierna siguiendo el consejo de Gómez la Serna que me dijo un día que le di un sablazo: «¡Será usted cadáver en muy corto plazo, pues sin dos pesetas no es la vida eterna!» Yo amé a una modista que se hizo tanguista; pero hoy ya no la amo, porque es masajista. Y aunque se ha ofrecido a darme masaje, no me ha dicho nada de darme pa un traje, y con el que hoy tengo, no hay Dios que se vista... Voy más derrotado que Glück en el Marne. Mi chaqueta deja al público absorto. Y además tengo hambre, pues no como carne desde que Loreto vestía de corto... Si alguien me convida en casa de Próculo, como como un buitre que use Saiz de Carlos; y eso que los platos, aunque uso monóculo, más que deglutirlos, he de adivinarlos... Esto no es hipérbole, ni es epifonema, ni audaz pleonasma, sarcasmo ni exceso: ayer me sirvieron un huevo sin yema, y luego, de postre, dos ojos de queso... ¡Y encima me envidian!... ¡Si como judías, algunos amigos claman y alborotan!...

¡No adivino cómo, mas los pocos días que como judías, todos me lo notan!... Y como no como ni yo veo cómo comer lograría más frecuentemente, se impone un suicidio de tomo y de lomo (¡al escribir lomo se turba mi mente!...) Pero, ¡ahl, en este instante me asalta una idea: antes de matarme puedo darme un verde... ¡Voy a un restaurante, pido lo que sea, luego me suicido, y nada se pierde, aunque la faena resulte algo feal... Señor juez: me mato. De usted me despido. No culpen a nadie, por Dios se lo pido. Cuando me levante, cadáver, del suelo, compadezca al hombre que España ha perdido, y diga al fondista que encomiende al Cielo la opípara cena que me habré sorbido...

23 de diciembre de 1923.

Señor juez: Dispense si un plantón le he dado. Buscó usted mi cuerpo, y no me he matado. Comí, me llevaron a Comi-saría... Mas de allí me echaron al siguiente día, y fui a comer gratis al café de al lado... De nuevo prendieronme, de nuevo encerraronme, y a la otra mañana de nuevo soltaronme... Pero registraronme, y en mis dos bolsillos vieronme el revólver con los dos gatillos, y sin más razones el arma quitáronme. ¡No puedo matarme, y bien me disgusta!... ¡Seguiré, alevoso, comiendol... ¿Usted gusta?... ¡Si: armas, inútil es pegarse un tiro!... ¡Y en cuanto al estanque grande del Retiro, se ha helado ayer noche de un modo que asusta!...



EL INGENUO. — Yo la convidaría a cenar; pero ¿y si se ofende?...

Dib. MENDA. — Madrid.

MI AMIGO EL LADRÓN

Yo tengo un amigo ladrón. Hay otros que tienen amigos abogados, médicos, flautas, ortopédicos o simplemente rentistas. Todo esto es aburrido y monótono, porque de señores que tienen una profesión determinada no pueden esperarse sorpresas, mientras que el ladrón siempre nos brinda aspectos desconocidos e insospechados.

Se me presenta con un abrigo espléndido y, al felicitarle, me dice:

— ¿Te gusta?

— Es elegante y, al parecer, de excelente tela.

— Excelentísima. El duque de Equis tiene buen gusto y sabe gastarse el dinero con las mujeres y con el sastre.

— ¿Es de un duque ese gabán?

— ¡Naturalmente!... Ya comprenderás que no iba a quitárselo a un pobre diablo cualquiera, a uno que estuviese jugando al billar o a un catedrático que lo dejase en manos de un bedel.

— ¿Y si el duque lo reconoce?

— ¡Imposible!... El va siempre en automóvil, y yo a pie. El día en que le robe el auto, yo iré en él y el pobre duque caminará entonces a pie.

Mi amigo el ladrón está resuelto a no privarse de nada y a seguir sosteniendo que el dinero es una cosa anti-pática y molesta.

— Yo no concibo — me ha dicho —

cómo lleváis billetes del Banco, o duros, o calderilla en los bolsillos, y tenéis que estar echando cuentas y andando con monedas cuando queréis adquirir algo.

— Es que los comerciantes obligan a ello.

— Porque los comerciantes son idiotas.

— ¿Tú no llevas dinero?

— Jamás. En cuanto me quedo con algún objeto y veo que allí hay dinero, siento tentaciones de correr tras el perseguido y devolvérselo diciendo: «¡Eh, amigo: a mí complicaciones, no!» No lo hago por temor a que el otro lo tome a mal y me pida explicaciones acerca de por qué se encuentra en mi poder lo que antes era suyo.

El otro día hemos pasado por delante de un restaurante famoso, en cuyo escaparate lucíase una perdiz trufada que parecía una joya.

— ¡Qué bueno debe de estar eso!...

— Si te gusta, te convidó a que nos la comamos entre los dos.

— ¿Aquí mismo?

— No; hay camareros antipáticos que vigilan, y yo no puedo alternar ni tener discusiones con gente plebeya. Vete a casa esta tarde.

He ido a su casa horas más tarde y allí encontré la perdiz.

— ¿La has robado?

— Naturalmente. Entré en la tienda, me apoyé de espaldas al escaparate, y de pronto, mientras me escogían unos pastelillos, pretextó, porque a mí la crema se me agría en el estómago, exclamé: «¡Hay fuga de gas! ¡Sí, y es allí!»

»Señalé al techo; todos los que estaban en la tienda volvieron la cara y la mirada hacia el sitio que yo señalaba, y mientras, ¡zas!, la perdiz pasó a mi bolsillo. ¡Ah, y además me he traído los pasteles, sin pagarlos, naturalmente!»

Comimos la perdiz sin remordimiento de conciencia, pero con cuchillo y tenedor, y, al terminar, satisfechos, charlamos, dejando yo vagar mi mirada por la habitación de mi amigo

— ¡La tienes bien puestal

— Sí; un poco exótica y abigarrada; pero ya comprenderás que no es culpa mía, sino de los legítimos dueños de todos los cachivaches que ves. No hay manera de que la gente tenga buen gusto. ¿Ves esa figurita de Sevres? Me la llevé en la exposición del *trousseau* de una linda marquesita que se ha casado hace días. Me gustó la figurita, y pensé que a unos recién casados, maldita la falta que les hacía aquel *biblot*.

— ¿Y los libros?

— Procedentes de todas las librerías de Madrid. Los libreros son gente muy confiada. Entra uno en su tienda, revuelve, hojea, se guarda las publicaciones que más le agradan, y no hay más que decirles: «Hoy no tiene usted nada que me interese. Ya volveré otro día.» Encima, abren la puerta y te despiden afectuosos, pensando que hay que ser finos con un buen cliente que volverá otro día. ¿Quieres coñac?

— No, que se hace tarde. ¡Caray, pues no tengo el reloj! Me lo han robado.

— Tómalo. Te lo he quitado yo mismo, porque me estaba aburriendo sin hacer nada, mientras charlábamos.

¡Excelente amigo!... Yo no puedo menos de admirarle, y mi sorpresa ha sido grande cuando hoy ha venido a decirme:

— Acompáñame al teatro tal; estoy allí ensayando una opereta.

— ¡Tú, autor!

— No; músico nada más... Ya verás qué partitura más bonita.

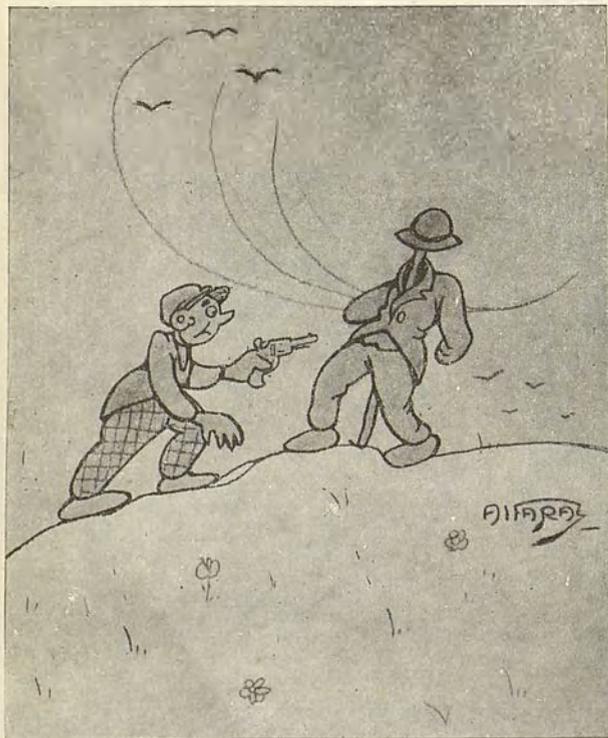
Hemos ido al ensayo, y, efectivamente, he quedado sorprendido.

— Chico, una música estupenda y que me maravilla, porque desconocía tus aptitudes filarmónicas.

Mi amigo el ladrón se me ha acercado al oído y me ha dicho:

— Le he robado la partitura a un músico alemán.

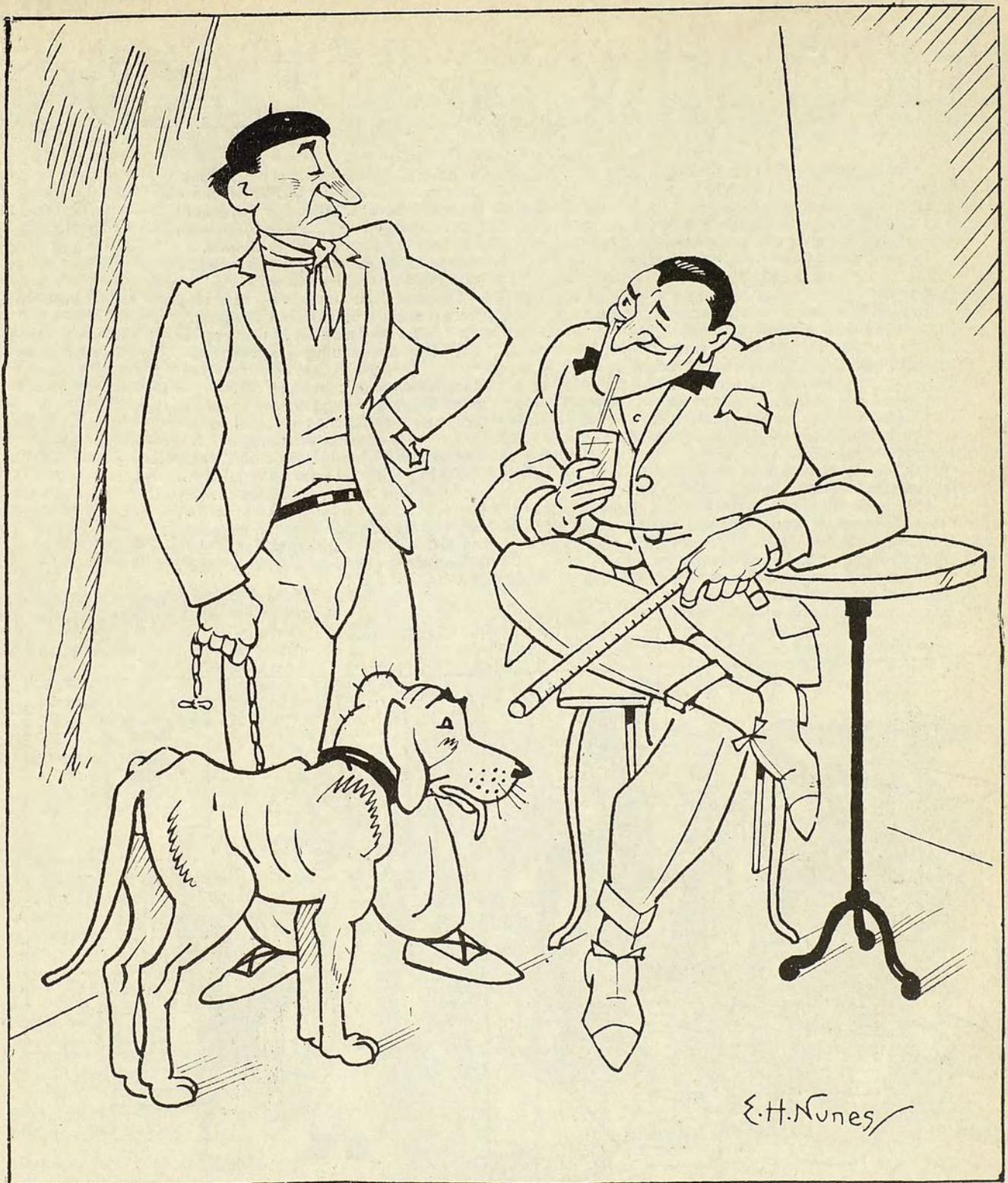
La obra ha tenido un éxito loco, y mi amigo el ladrón piensa seguir produciendo para el teatro.



Dib. ALFARAZ
Madrid.

— ¡Alto, caballero!
¡La bolsa o la vida!...

A. R. BONNAT



Dib. NUNES. - Cruz Quebrada (Portugal).

— ¿Y a esto llama usted un perro de raza rara?... ¡Esta raza no ha existido jamás!

— Pues por eso... ¿Le parece a usted aún poco rara?...

FENÓMENO CABELLUDO

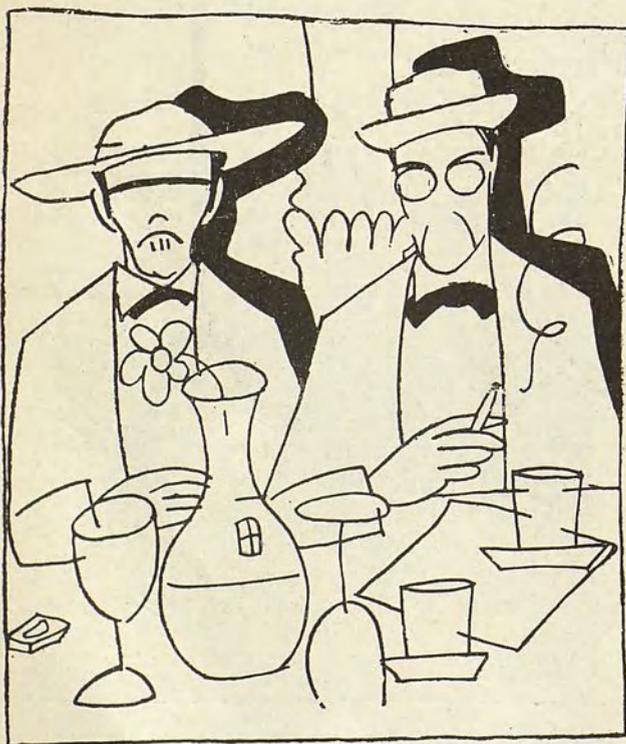
En Persburgo, si es cierto lo que dice
sobre el caso la Prensa,
una dama infelice
ha dado a luz, con algazara inmensa
de vecinos, amigos y compadres...,
lo que no dan a luz todas las madres:
un niño (¡cosa raral),
que en lugar de nacer limpio de cara,
ha venido a este mundo miserable
provisto de una barba respetable
con una longitud de media vara.

No quería la madre contemplarlo,
pues le daba vergüenza,
y el médico trataba de atenuarlo
haciendo de las barbas una trenza,
con la cual, pues llegaba hasta los pies,
parecía un chinito del revés.
¡Qué efecto hará a la madre, ¡repuñales!
(volviéndole de un lado y de otro lado),
tenerle de las barbas agarrado
en tanto que le muda los pañales!
¡Angelito de Dios!... El pobrecillo,
que sobre el pecho de la madre escarba,
no se puede negar que es un chiquillo
con robusto morrillo
¡y con toda la barbal,

barba que ya no llevan por el mundo
más que López Muñoz, Ossorio, Maura,
Sánchez Guerra, Silió, Bordas, Isaura
y Arbós..., y la Fulgencia,
el ama seca fiel de Andrés Urbina,
que se afeita de ocultis con frecuencia...
(y con un rallador de la cocina).

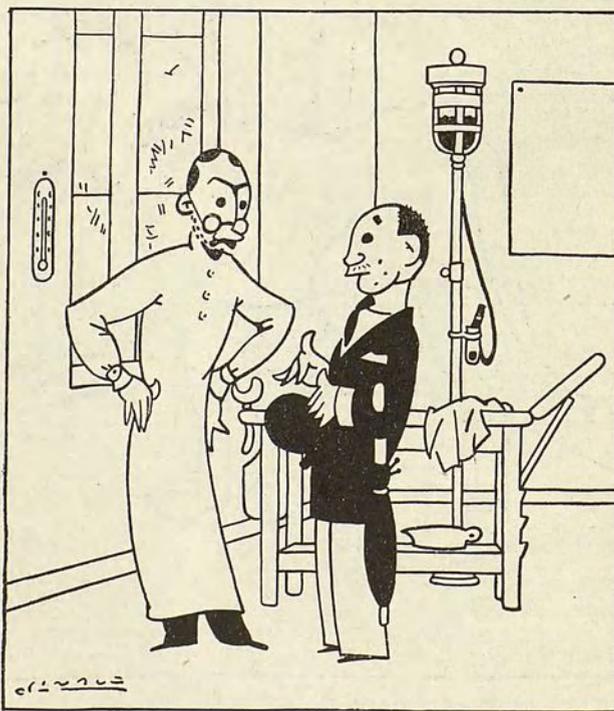
Dios me libre de un parto semejante;
mas si viene a mi casa tan campante
otro Jaime *el Barbudo*, lo primero
que haré será mandar a mi barbero
que le deje afeitado
con la navaja el cabelludo cuero,
pues ahora que la barba me he quitado,
no querría en mi casa ver a un rorro
de cutis delicado
con gran barba colgando bajo el morro...
En fin, déjese al niño de Persburgo
(más famoso a estas fechas que Licurgo)
que a las gentes asombre,
aunque alguien por barbudo le rechace.
Ya sólo hay que esperar que se haga un hombre...
¡y entonces, que se monde, si le place!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. BARRADAS. — Madrid.

— Yo estoy seguro de que los Tribunales cometen muchas injusticias.
— Pero, oye, ¡si a mi me han absuelto!...
— ¡Pues por eso lo digo!...



Dib. LINAGE. — Madrid.

— ¿De modo, amigo mío, que usted viene a ofrecérsese como practicante?... ¿Luego entiende usted de curas?
— Sí, señor, mucho; me he pasado seis años en un Seminario...

DEL BUEN HUMOR AJENO

En un banco del jardín público, a la sombra de un corpulento fillo secular, estaba sentada una linda joven.

Su belleza me sorprendió agradablemente, y me detuve.

Fingiéndola una súbita y terrible fatiga, me acerqué, arrastrando los pies, como si me faltasen las fuerzas, al banco, y me senté a su lado.

Había decidido ponerme a hablar con ella de lo primero que se me ocurriese y hacerme amigo suyo.

Sus hermosos ojos, de largas pestañas, parecían absortos en la contemplación de las puntas de sus botitas.

Después de respirar a pleno pulmón, como si me dispusiera a tirarme de cabeza al mar, dije:

— ¡No comprendo a esos mejicanos! ¿Por qué andan siempre a la greña? ¿Por qué se pasan la vida derribando gobiernos, matando presidentes y sustituyéndolos con otros? ¿Por qué vierten sin cesar torrentes de sangre? No acierto a explicármelo. Yo creo que todo ciudadano tiene derecho a una vida tranquila. Es un derecho elemental, ¿verdad, señora?

Los hermosos ojos de largas pestañas miraron un instante a la senda fronterera y se entregaron de nuevo al concienzudo estudio de las botitas de la joven.

Tras una breve pausa añadí:

— Casi todos los días se libran en Méjico sangrientas batallas. Yo creo que el pueblo no gana nada con eso. Es más, creo que pierde. ¿No es usted de mi opinión, señora?

Silencio.

— Esta mujer — me dije — es de piedra. No hay modo de hacerla salir de su mutismo.

Levanté los ojos al cielo y murmuré, soñadoramente:

— ¿Dónde estará ahora mi abuelita? ¿Qué hará? ¿Se acordará de mí?

Silencio. Los labios de la joven parecían sellados.

Entonces inquirí:

— ¿Le molesta a usted el humo?

La joven despegó, por fin, los adorables labios, de los que brotó, breve y seca, la sílaba

— ¡No!

— A mí tampoco me hubiera molestado el humo de un buen cigarro; pero se me ha olvidado comprarlo. ¡Qué memoria, Dios mío! Es para desesperarse... ¿Este árbol es un tilo?

— Sí.

Estaba visto: sólo contestaba a las preguntas no retóricas.

— Gracias. La botánica es mi pasión. También me gusta la zoología..., y la química..., y la obstetricia... La Ciencia es el sol que ilumina las tinieblas de la vida...

Mi interlocutora — llamémosla así — parecía dormida.

— Hace mucho tiempo — proseguí — que no recibo carta de Moscú, y estoy muy inquieto. No crea usted que hace una semana ni dos que no me escriben. ¡Hace tres meses!... ¿A qué lo achaca usted?

La joven debía de achacarlo a algo muy grave, porque no me contestó.

— Perdón, señora. ¿No es usted de Moscú? — le pregunté.

Volvió lentamente la cabeza hacia mí. Sus ojos lanzaban rayos.

— ¡Oiga usted, caballero! Lo que me subleva no es la insolencia con que aborda usted a una mujer sola; desgraciadamente, eso es ya una costumbre casi consagrada por la tradición. Lo que me indigna es que se entregue usted tan de lleno a ese deporte, que olvide, en poco tiempo, los rasgos fisonómicos de las mujeres a quienes aborda. Esa mala memoria es imperdonable.

— Señora...

— Hará unos tres meses, caballero, yendo yo a su lado de usted en un tranvía, empezó usted a hablarme del próximo eclipse de luna...

— ¡Oh, la astronomía es mi debilidad! Flammarión...

— Yo fui tan tonta, que le contesté, y... me acompañó usted a casa. Y ahora, en su frívolo, en su desmemoriado, en su estúpido donjuanismo, me toma usted por una mujer desconocida...

— ¡Cuán feliz soy — exclamé, quitándome el sombrero — al ver que usted tampoco ha olvidado aquel memorable encuentro!

— ¡Ah! Usted lo recordaba, ¿eh?

— ¿Cómo no había de recordarlo? Su recuerdo quedó grabado para siempre en mi corazón. El fingir ahora que no la conocía a usted ha sido un ardid.

— ¿Un ardid?

— Sí. He querido ver si se acordaba usted de mí... ¿Cómo ha podido usted pensar que la había olvidado? ¡Los momentos de felicidad, de dicha suprema, no se olvidan!... Penetré en el coche, a pesar de mi costumbre inveterada de viajar en la plataforma, atraído por su belleza de usted. Iba usted a la izquierda...

— No, señor; a la derecha.

— A la derecha de la plataforma anterior; pero a la izquierda de la posterior. Llevaba usted sombrero, ¿verdad?

— Creo que sí.

— ¡Vaya que lo llevaba usted! Lo recuerdo muy bien. También recuerdo que un viajero le dió al cobrador un billete de cinco rublos para pagar el del tranvía, y el cobrador le devolvió, en monedas chicas y grandes, los cinco rublos, menos algunos copecks.

— ¡Qué observador es usted!

— Recuerdo también que salimos por la portezuela anterior.



LA MADRE. — *El tren está para marchar. Aquí estamos todos, menos Alfredo. ¿Dónde está Alfredo?*

EL PADRE. — *¡Ah!... ¿Pero había un Alfredo?..*

(Del Punch, de Londres.)

Mis recuerdos se agotaron. Callé.
La joven se levantó y me dijo:
— Si la tontería es un don del cielo,
hay que convenir en que los dioses se
han mostrado muy generosos con usted.

— ¡Es usted muy amable!
— No le conozco a usted. No le he
visto en mi vida. Lo del tranvía y lo del
eclipse de luna ha sido un ardid.
— Un ardid, ¿para qué?

— Para convencerme de que las mu-
jeres a quienes usted aborda y a veces
conquista, porque algunas conquistará
usted, no dejan rastro alguno en su co-
razón ni en su memoria. Para conven-
cerme de que es usted un ridículo don
Juan callejero. ¡Adiós, señor mejicano!
Siga usted entregado a sus meditacio-
nes sobre los destinos de Méjico. ¡Y que
su tontería le sea level!



UN ENFERMO DIFÍCIL

— ¿Le hizo usted la cataplasma como yo le mandé?
— Sí, doctor. Pero ¿querrá usted creer que, para disgustarme, este animal,
no ha querido comer más que la mitad?...

(De DUBOSC, en *Excelsior*, de París.)

¡USTED ESTÁ "MOCHALES"!

Fragmento de una carta que
un sabio psicólogo, algo mar-
choso él, dirige a una señori-
ta que, como ustedes verán,
está más demente que una
cabra.

«No me cabe ninguna duda.
¡Usted es tonta! Para llegar a
esta desoladora conclusión,
mire usted en que se funda
doña Lógica:

»Usted ama al joven y sim-
pático Alminar de la Mezqui-
ta, vizconde de la Perra Grue-
sa, y sufre en silencio sus des-
víos amorosos.

»Usted llora su desgracia,

pensando suspirante en el lo-
banillo que adorna purulento
la vizcondesa faz.

»Usted muere añorando las
zambas piernas y la redonda
cabezota, ¡oh paradójal, de
Alminar.

»Usted pena, usted suspira,
usted solloza, usted fallece
por la nariz ciranesca, las pa-
tillas prolongadas, los ojillos
torcidos y la enorme sima bu-
cal del pelirrojo Mezquita.

»Y, en cambio, usted no pro-
cura atraerle, enamorarle con
el perfume que prestaría a su
boquita gitábana el maravillo-
so elixir dentifrico Sanolán.

»¡¡Usted es tonta!!...»

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría
de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía.
Máquinas de calcular :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene
otra correspondencia que la de esta sección.

*Toda la correspondencia ar-
tística, literaria y administrati-
va debe enviarse a la mano a
nuestras oficinas, o por correo,
precisamente en esta forma:*

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

J. I. Bilbao. — Los defectos en que
usted incurre son inherentes a todo
novel que es demasiado novel. Nos-
otros no creemos que el novel sea el
socio que, de buenas a primeras, se
le ocurre escribir algo que le ha su-
cedido o que le han contado. El no-
vel tiene que estar *hecho* para poder
dejar de serlo, esto es, para poder po-
nerse en comunicación con el respec-
table público.

Claro es que al que empieza no se
le puede ni se le debe exigir demasia-
do; pero sí lo justo. Trabaje un poco

más, medite, estudie, y no se limite a
contar chascarrillos. ¡Ah!, los apar-
tes en los artículos humorísticos son
inútiles y perniciosos. Es un consejo,
o quizás excesivos consejos, ¿no?..

Paco Colete. Madrid. — ¡Hombre
Hay un poco de ensañamiento. Cien-
to trece octosílabos jugando con el
doble sentido de otras tantas ciudades:
japonesas... Lamentamos que pierda
usted el tiempo en documentarse
tan prolijamente para una cosa que
tiene a muy poca aceptación por
parte del público. Sobre todo, hubiera
podido ser más corto y más soporta-
ble. Haga cosas ligeras, si puede, y
arroje lejos de sí los viejos procedi-
mientos.

A. P. H. — Un poco inocente ese
sainete rápido.

M. F. M. — ¡Por Dios! No escriba
usted con esa letra tan pequeña, que
andamos un poco mal de la vista. El
artículo no sirve.

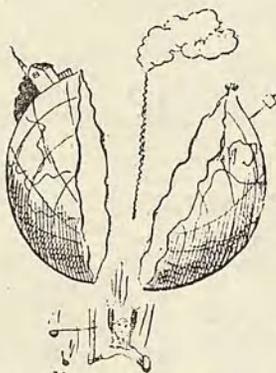
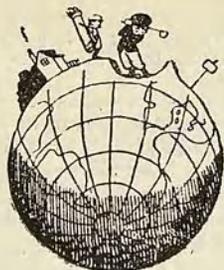
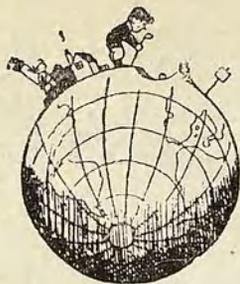
Rolando. Madrid. — Se publicará el
del tenor. Los otros, no.

Yg-pa-mi-ma. — Hacer las cosas
así, sin fundamento, no conduce a
ninguna parte. El asunto es un cuen-
to eterno...

G. G. Madrid. — No sirve.

Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

Está a la venta el séptimo cuaderno. La más útil biblioteca del artista, del
taller y del *amateur*. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, de
época y originales, coleccionados por orden alfabético. 2 pesetas cua-
derno. Suscripción: trimestre, 5,50; semestre, 10,50; año, 25, con derecho
a lujosas tapas. Pedidos al autor, J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60,
teléfono J. 17-18, Madrid. Suscripción y venta en todas las librerías.



LA PASIÓN DEL «GOLF»

(De The Humorist, de Londres.)

Guelmi. — Como eso no son maneras de presentar un original, escrito por las cuatro carillas de un pliego, lleno de tachaduras y de parches y en una letra ininteligible, si quiere usted que nos decidamos a leerlo, mándelo un poco más decente.

M. G. del C. Granada. — No sirven; valen muy poquito.

A. H. Barcelona. — Vale menos que diez céntimos de marco.

F. B. D. Madrid. — Más soso que el agua del lago Tchad.

L. M. R. Málaga. — Ese sonetito no tiene importancia ninguna. Sentimos ser tan sinceros; pero no lo podemos remediar.

El actor Pérez se ha ido a Albacete a hacer un bolo, y no olvida en su equipaje el sin par Licor del Polo.

Don Juan. — No, amigo; eso no es lo convenido. El cuento del vecino que no tira la segunda bota lo conocen ya unas cuantas generaciones. Nos parece un poco abusivo que quiera usted tomarnos los rizos y creernos tan poco enterados de los cuentos que circulan por ahí de treinta años a esta parte.

Carmenchu. Madrid. — Señorita, señorita... ¡Que lo que manda es muy sucio!

Pepito. Sanlúcar. — Su *Idilio campesino* es de una inocencia paradisiaca.

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

P. V. — Mejor que *El dolor de los que se quedan*, debe llamarse *El dolor de los que tenemos que aprendernos*. Nos estamos tragando casi todo lo malo que se hace en estos tiempos.

F. P. T. Madrid. — Lo que al otro. Pero ¿usted no piensa lo terrible que es tener que leer todos sus engendros, ya que nuestra conciencia literaria nos obliga a aprendernos todo lo que llega de cabo a rabo? ¡Dios le conserve muchos años sin leer cosas de noveles, que es la verdadera felicidad!

Ansudesa. Madrid. — Vale poco y es muy facilito.

El. Madrid. — ¡Es tan poca cosa!... Insista, porque olfateamos que en usted hay madera.

J. R. W. Madrid. — También en usted hay madera. Pero es de alcornoque. A nosotros los insultos nos producen un regocijo infantil; de modo, que ha perdido usted tiempo, papel y sello.

A. P. H. Madrid. — Eso de los diálogos chulones en romance se cae de puro longevo. Así es, que envíe otra cosa más modernita.

J. L. V. Madrid. — ¡Mecachis! Eso es muy mediano de idea; y, en cuanto a la versificación, *corramos un velo*, un velocipede. Mande otra cosa, y que no haya enfado.

F. F. U. Madrid. — Eso de *Más vale maña que fuerza*, es de una idiotez que aterra. ¡Pero cómo habrá tanto tiriti por el mundo?

M. L. Madrid. — *Tzenin. Arcila.* — *M. R. N. y A. L. C. Madrid.* — Perdonen ustedes, ilustres compinches; pero sus trabajos se han extraviado. ¿Quiéren ustedes enviarlos nuevamente?

Joanico. Madrid. El cuento es más viejo que el rey Dagoberto. Mándenos otra cosa más nueva, y ¡adelante!

GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑOS

F. G. — Valen poco, amigo.
M. T. Madrid. — ¡Hombre!... Ese cuento lo hemos leído nosotros ya..., firmado por Belda.

Pancho Rimo. — Por lo visto, tiene usted muy poco trabajo cuando se entretiene en hacer el comanche delante de las cuartillas. Lo de *Como quien oye llover* podría titularse mejor *No llueve a gusto de todos*; pero aun así, no tiene ni interés ni gracia ninguna. Lo otro, tampoco. ¿Por qué no hace usted oposiciones a Aduanas?

Chaparrada. Madrid. — *Las babuchas* no son babuchas, son coturnos. Queremos decir que eso es añacianísimo.

L. E. D. — La ironía sutil de que nos habla en su carta no se ve ni con prismáticos Zeiss.

P. G. S. Madrid. — ¡Pschl... ¡Pschl... Mande otra cosa. Será lo mejor.

El mejor regalo de Pascuas

es una máquina de escribir

CORONA

NUEVO MODELO

500 pesetas hasta fin de año.
600 pesetas desde 1 de enero.

También venta a plazos.

Agentes
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En el campo del honor.

— Ya era tiempo: su adversario iba a empezar sin usted.

José Echevarría. — San Sebastián.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

— ¿Qué profesión es la suya?

— Sepulturero, para servir a usted.

Amadeo Rey. — Zaragoza.

Entre amigos.

— ¿No vas al entierro de López?

— Chico, hoy no puedo. Iré otro día.

P. Otaola. — Madrid.

— ¿No le ha ocurrido a usted ninguna catástrofe ferroviaria?

— Sí, señor; a mi esposa la conocí en un viaje.

E. R. Montes. — Madrid.

— ¿Cuál es la figura de Nacimiento que antes se estropea?

— La tía Gila, porque se desgasta por el huso.

Javier de Echarrí. — El Escorial.

— ¿En qué se parece un cómico malo a una mantecada de Astorga?

— En que hay que quitarles el papel.

Rubito. — Madrid.

Chistes míos y de ustedes, por Luis Esteso, dos pesetas. Teatro fácil (16 comedias), dos pesetas. — Librería Santos, Carretas, 9, Madrid.

— Hace un mes que debías haberme pagado los dos mil duros que me debes.

— Sí; pero supe que estabas de luto y no juzgué oportuno darte una alegría tan grande.

— Los hombres de hoy ya no son lo que eran.

— Claro, antes eran criaturas.

M. Conde. — Madrid.

— ¿Qué prenda del uniforme militar termina en able y no es impermeable.

— Hombre, el sable.

— ¿El sable dijo usted?

— Hombre, el sable termina en punta...

M. González.

Al hombre que por curarse el catarro se desvive, hay que mandarle que tome siempre el Jarabe de Orive.

EL CATEDRÁTICO. — Hábleme de la batalla de Lepanto.

EL ALUMNO (que está limpio y no se le ocurre otra cosa). — Pues amaneció, apareció el sol y lucharon ambos contrincantes.

EL CATEDRÁTICO (con paciencia). — Veo que no sabe usted nada de eso. ¿A ver si me puede decir algo de la batalla de Waterloo?

EL ALUMNO (que sigue pez). — Amaneció, apareció el sol y lucharon ambos contrincantes.

EL CATEDRÁTICO (enfurecido). — Le suspendo ahora mismo si no me relata la batalla de Covadonga.

EL ALUMNO. — Amaneció...

EL CATEDRÁTICO (atajándole). — Apareció el sol...

EL ALUMNO. — No, perdone usted pero aquel día estaba nublado...

Alfredo Jiménez. — Madrid.

— ¿En qué se parecen las tangustas a los polleros?

— En que se dedican a desplumar pollos.

F. Calle S. — San Ildefonso.

COMPROBADO COMPARÁNDOLA

LA ORTOGRAFÍA MARTÍNEZ MIER, sexta edición, 453 páginas, resuelve toda duda escritura, puntuación, pronunciación. Ninguna mejor.

En un examen.

EL PROFESOR. — Enuméreme los sentidos.

EL ALUMNO. — El olfato, el gusto, la vista y el oído.

EL PROFESOR. — Muy bien; pero le falta uno.

EL ALUMNO. — ¡...!

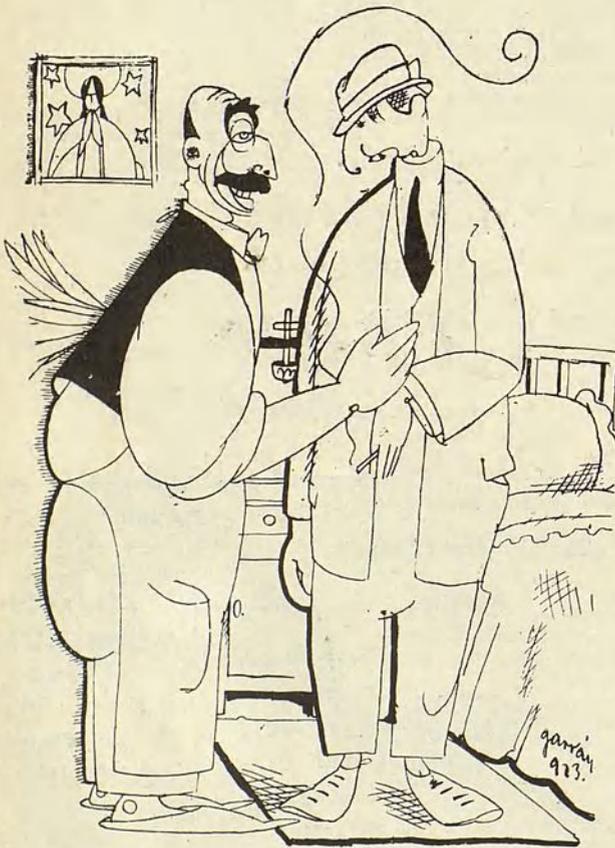
EL PROFESOR. — ¿Pero no lo recuerda?...

EL ALUMNO. — ¡Ah, sí!... El sentido común.

Sessue Hayakava. — Madrid.

El premio del número anterior ha sido declarado desierto.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



Dib. GARRÁN. — Madrid.

— A ver si limpian ustedes la cama, porque esta noche no me ha dejado dormir una pulga.

— ¿Una pulga?... ¡Qué suerte tiene usted!...

— ¿Cómo suerte?

— ¡Claro, hombre; porque antes de venir usted, yo las vi a docenas!...

BLAS E. BERROTERÁN & Co.

Agencia general de diarios, revistas y publicaciones.

Aceptamos representaciones de todos los editores de revistas y diarios de Hispanoamérica y España. Deben sernos remitidos ejemplares de muestra y pliego de condiciones.

NUESTRA DIRECCIÓN ES

Apartado 51. — Maracaibo (Venezuela)

BUEN HUMOR

SEMENARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

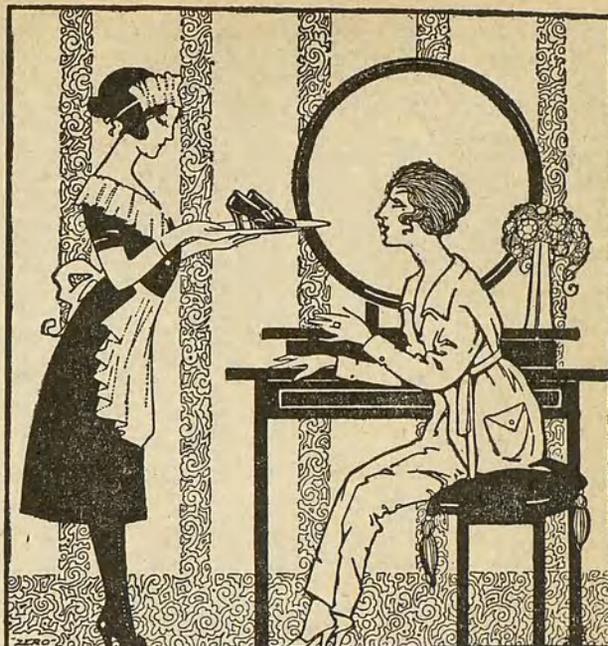
ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojez, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

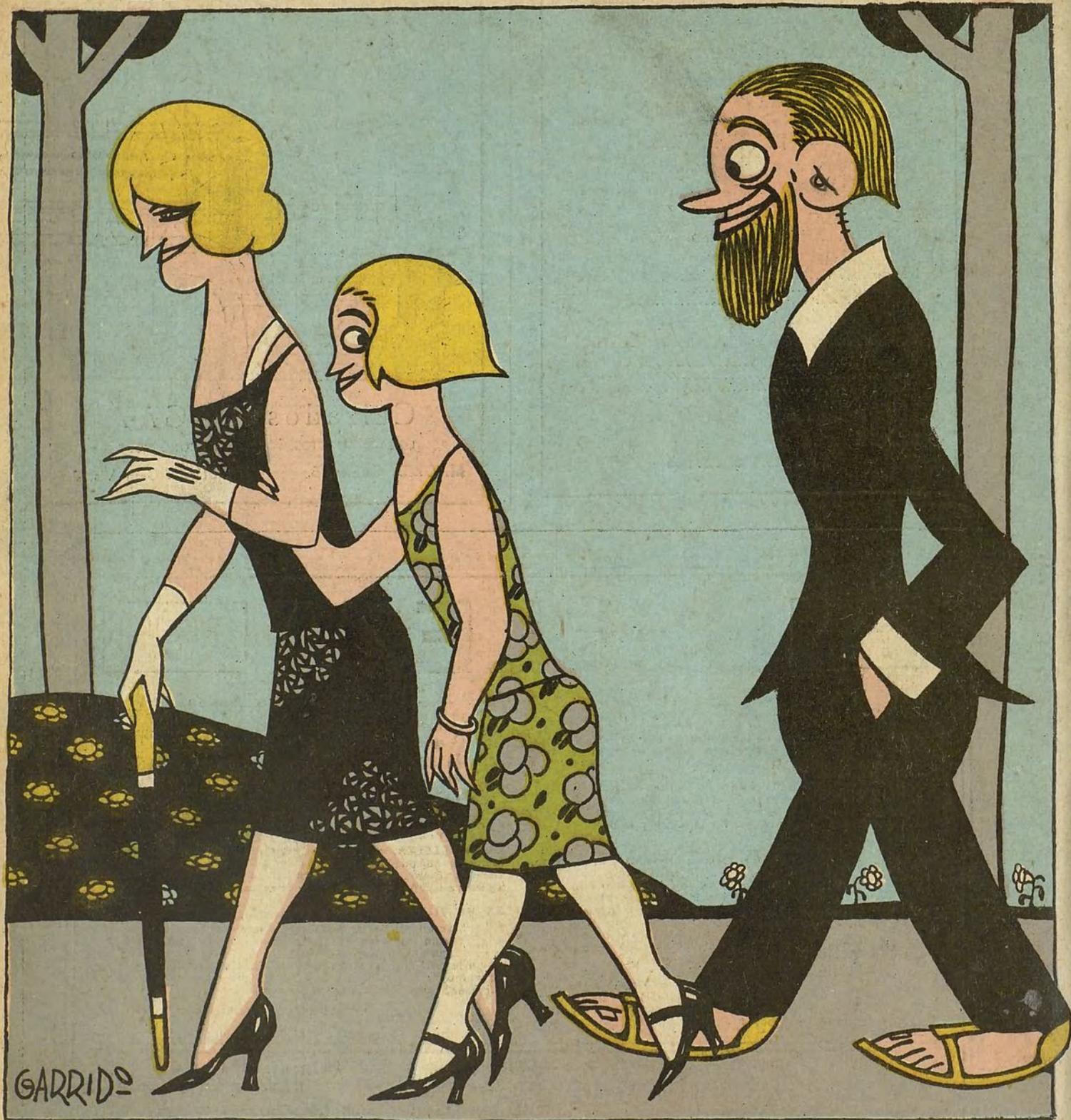
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfina y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinoso. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. GARRIDO. -- Madrid.

— No comprendo cómo estas chicas se pueden oxigenar de esa manera viviendo en un cuarto interior.